

The Project Gutenberg EBook of Cuentos de mi tiempo
, by Jacinto Octavio Picón

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.net

Title: Cuentos de mi tiempo

Author: Jacinto Octavio Picón

Release Date: October 15, 2008 [EBook #26929]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK CUENTOS D
E MI TIEMPO ***

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed
Proofreading Team at DP Europe (<http://dp.rastko.net>)

[imagen]

JACINTO OCTAVIO PICÓN

MADRID

MDCCCXCV

CUENTOS DE MI TIEMPO

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET, _Libertad_, 20.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Es propiedad del autor.

ÍNDICE

La primer cuartilla.

La amenaza

La buhardilla

El olvidado

La cuarta virtud

Lobo en cepo

El hijo del camino

Los triunfos del dolor

Los favores de Fortuna

Las plegarias

El nieto

Dichas humanas

El milagro

Elvira-Nicolasa

Sacramento

Santificar las fiestas

La hoja de parra

LA PRIMER CUARTILLA

Para instruirnos es la ciencia; para mejorarnos la moral; para deleitarnos el arte, donde hallan las fuerzas fatigadas alivio y el espíritu ennoblecido recompensa. Si la obra artística ilustra el entendimiento y depura la conciencia, tanto mejor; pero su misión es ser bella, y lo mismo puede realizarla inspirándose en la fe, descorazonada por la incredulidad, o herida por la duda.

Tal creo, y sin embargo quise poner en estas humildes páginas algo que levantara el ánimo, y moviera la conciencia contra injusticias y errores de que el arte puede ser, si no remedio, es pejo, si no enseñanza, aviso.

He aquí mi explicación para unos, mi disculpa para con otros.

Empezó El Liberal _a publicar cuentos y me honró pidiéndome algunos. A ser periódico exclusivamente artístico y literario, hubiera yo trabajado para él de otra suerte: mas imaginé que en un diario político, debía escribir luchando, como soldado raso, contra las ideas casi vencidas de lo pasado y a favor de las esperanzas de lo por venir, no triunfantes todavía._

_Entonces puse el pensamiento en aquella aspiración de justicia, ya

escrita en los códigos, pero que aún es letra muerta
a en las
costumbres._

_De ellas me inspiré, intentando contribuir a la pi
ntura de esta época
en que una letra de cambio, una obligación, un_ che
que, _pesan en la
balanza social más que cuanto representa, trabajo,
ciencia, estudio y
arte._

_Mis aciertos y mis errores, hijos son de mi tiempo
: ni por éstos
mereceré censura, ni por aquéllos soy digno de alab
anza: de que enderecé
al bien la voluntad, estoy seguro._

Madrid, 1895.

LA AMENAZA

I

Sonaron las campanadas del medio día y de allí a po
co la puerta comenzó
a despedir en oleadas de marea humana la muchedumbr
e cansada y
silenciosa que componía el personal de los talleres
. Nadie hablaba: no
hacía el varón caso de la hembra, ni buscaba la muc
hacha el halago del
mozo, ni el niño se detenía a jugar. Los fuertes pa
recían rendidos, los
jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Cas
ta dos veces oprimida
por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fue desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fue Gaspar Santigós, alias, _el Grande o Gasparón_, porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíanle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco, y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó a andar por la sombra de una tapia, cruzó dos o tres calles, atravesó una plaza, y metiéndose por pasadizos y solares, para acortar distancias, vino a desembocar en un paseo de olmos, gigantescos, cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual, le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro, y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeño lo alargó las manitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta, y partía la dorada libreta, la muchacha, sin dejar de mirarle, apartó a un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de

palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

II

Cuando sonaron a lo lejos las campanadas _de vuelta_, echó el último trago, lió un pitillo, dio un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo, y oprimiendo rápidamente el talle a la joven, como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Traspuso la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventanales tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban a borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y a lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, de hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcían cruzándose, y giraban vertiginosamente, como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado a cantos de mujeres.

Al término de aquella nave veíase otra igual y salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba _Gasparón_ por la mitad del puentecillo, vio que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado a la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosto pasadizo, _Gasparón_ encogiéndose el cuerpo se hizo a un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso suspendido sobre el vacío del patio, y sin lugar a donde asirse. _Gasparón_, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró a ella con tal fuerza y tal ánsia que hizo vacilar al obrero. Este al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, mas con tan mala suerte, que alcanzándose un radio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano.

El muchacho dijo luego que, a pesar del terror, oyó un crugido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre

fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos: arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido a la violencia del dolor.

Recogiéronle sus compañeros, y por no tener enfermería la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fue larga: en ella se gastaron primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la _Caja de resistencia en huelgas_. En nuevo trabajo no había que pensar; porque el brazo perdido o era el derecho.

III

Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de _Gasparón_ se presentó en la pagaduría de la fábrica.

Era una habitación pequeña dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia, que estaba leyendo un periódico, sentado junto a una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

--¿Qué traes tú por aquí?--dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

--¿Cómo ha quedado _Gasparón_?--preguntó el otro.

--Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

--¿Y a qué vienes?

--A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó a pasar hojas murmurando:

--Gaspar... Gaspar...

--Está por Santigós. Nave de taladros, sección segunda--dijo la mujer.

--Es verdad; Gaspar Santigós, aquí está.

--Ese es--añadió ella suspirando.

El escribiente se puso a hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

--¿Había cobrado la semana anterior?

--Sí, señor.

--Pues son... deben de ser...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar a la joven preguntó:

--¿Qué día fue eso?

--El veinte pasado: miércoles, a las dos--contestó

ella tristemente.

--Pues poca duda cabe--repuso el caballero--lunes, uno; martes, dos; miércoles... dos días y medio, que a cuatro cincuenta de jornal... son once pesetas con veinticinco céntimos.--Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Marchose llorando la muchacha, y aún se oía el ruido de sus pasos cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

--No se le olvide a usted apuntar que _Gasparón_ es _baja_.

IV

Cuando los obreros supieron que a _Gasparón_ se le habían pagado _dos días y medio_, corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó a la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la trastaberna del _Francés_, y para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

Gasparón contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la reunión, no cesó de molestar a los amigos pidiendo que le desliaran cigarrillos, porque aún no estaba acostumbrado a valerse con una

sola mano.

Una lámpara sucia, que apenas daba luz, ardía inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veían cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecían salir de entre sombras como protestas y amenazas anónimas.

--Llevo cincuenta y dos años de taller--dijo el que habló primero--y sé más que vosotros; porque he corrido muchas fábricas; entré a los doce... Siempre he dicho que lo mejor sería _obligarles_ a mantener a los que ya no pueden trabajar. Si no, ya lo veis; callos en las manos y la tripa vacía.

--Yo, con menos años--dijo otro--tengo más experiencia: lo mejor es ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no quedaba fábrica con crédito.

--Ni obrero con pan.

--¡Las ocho horas!--exclamaron varios al mismo tiempo.

--Buen consuelo, ser perros ocho horas en vez de nueve.

--Aumento de jornal.

--Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

Entonces se oyó una voz que no había sonado aún: una voz que delataba un cuerpo chico y una voluntad monstruo.

--Aquí no hemos venido a discutir sino a vengarnos. ¿Tenéis coraje? ¿Sí o no? Yo sé donde hay tres cartuchos de dinamita, de a dos kilos y medio; uno para el almacén de modelos, que es lo que vale más; otro para casa del amo, por la parte de atrás donde tiene la familia... y el otro se guarda para cuando haga falta. Echamos suertes, y a quien le toque, aquél los pone.

Un silencio prolongado y medroso siguió a la horrible proposición. A unos les asustaba la idea del estrago; a otros el terror del castigo; con la voluntad, casi todos fueron cómplices; ninguno dijo: «Yo me atrevo.»

De pronto se levantó _Gasparón_, dio dos chupadas al pitillo, y colocándose bajo la débil claridad de la lámpara, para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

--Todo eso es inútil, o es infame. ¿Montepío ni pensiones, con dinero de ellos? Estáis soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para holicar en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo? Lo de los cartuchos, es una salvajada de cobardes; ¡por cuenta mía no se asesina a nadie! Dejad a mi cargo la venganza, que será buena ..., y larga.

Unos refunfuñando, y otros de buen grado; por miedo
los pusilánimes, y
los exaltados porque en los ojos de _Gasparón_ adivi-
naron algo tremendo
y misterioso, todos accedieron a su ruego; y la reu-
nión se disolvió
enseguida, semejante a una de esas tormentas que lle-
van en su seno el
rayo y no lo lanzan a la tierra.

V

Al día siguiente _Gasparón_ se puso a pedir limosna
al pie de la
soberbia casa donde vivía el fabricante. Allí está
siempre junto a la
verja de remates dorados, cerca de una ventana, tra-
s cuyos cristales
caen en amplios pliegues los cortinajes de seda: al-
lí se le ve de sol a
sol mostrando el muñón cicatrizado, destacándose el
bulto haraposos de su
cuerpo sobre la fachada de mármol, y llevando siem-
pre colgado al cuello
un cartelillo en que se leen estas palabras: INUTIL-
IZADO EN LA FÁBRICA
DE DON MARTÍN PEÑALVA.

Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, cua-
nto se ha intentado
ha sido en balde. Allí está cuando el rico industri-
al, nuevo señor del
feudalismo moderno, sale a sus placeres y sus agios
; cuando su esposa
vuelve de rezar, y cuando sus hijas van a saraos y
fiestas envueltas en
primorosas galas.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio es una
afrenta viva: y es
también una tremenda profecía.

La mano con que pide parece que amenaza.

LA BUHARDILLA

I

La casa de los duques de las Vistillas era de las mejores entre las buenas viviendas nobiliarias del antiguo Madrid. No podía compararse con ella la de los Guevaras, ni la de los Peraltas, ni la de los Zapatas, ni aun la de los _Salvajes_: se parecía a las de Oñate y Miraflores. Sus dueños le decían el _palacio_... y, sin embargo, no pasaba de ser un caserón destartado, de grandes salones, tremendos patios y pasillos laberínticos. La fachada era de agramillado y berroqueña del Guadarrama: tenía zócalo de granito con respiraderos de sótano, planta baja con descomunales rejas dadas de negro, principal de anchos huecos con fuertes jambas, recios dinteles y guarda polvos casi monumentales: sobre el balcón del centro, que caía encima del zaguán, ostentaba un enorme escudo nobiliario, ilustre jeroglífico compuesto por cabezas de moros, perros, cadenas, bandas y calderos; todo ello dominado por un soberbio casco de piedra caliza que el tiempo iba enrojeciendo con el chorreo de las lluvias mezclado a la herrumbre del balconaje. El piso segundo, bajo de techo y a manera de ático, tenía v

entanas pequeñas, y
sobre el entablamento descollaban las buhardillas a
ltas, aisladas,
recubiertas de tejas, guarnecidas de verdosas vidri
eras, ante las cuales
se veían desde lejos las ropas recién lavadas y ten
didas que goteaban
sobre estrechos cajoncitos, plantados de yerba luis
a, albahaca, yerba de
gato y claveles.

Eran estas buhardillas habitación de gente pobre qu
e vivía en contacto
frecuente con los ricos: así estaban cercanos la ne
cesidad y el remedio,
hermoso maridaje que aplaca la envidia de los que n
o tienen y amansa el
egoísmo de los que poseen. Los amos ocupaban en inv
ierno el principal y
en verano el bajo: en el segundo estaba la administ
ración, y en las
buhardillas, los cocheros, pinches y lacayos, amén
de dos o tres
familias de sirvientes jubilados y gentes protegida
s, entre ellas,
Manuela, hija de un ayuda de cámara, hermana de una
doncella y viuda de
un mozo de comedor que había servido muchos años y
murió, dejándola
embarazada.

Daban los señores a Manuela, en recuerdo de lo bien
que se portó su
marido, tres reales diarios y casa; es decir, una d
e aquellas
buhardillas que desde la calle se veían descollar p
or cima del tejado,
entre ropas blancas y macetas verdes.

De la misma edad que Manuela tenían los duques una
hija tan graciosa,
picaresca y bonita, que parecía un modelo de Goya,

y tan buena, que en
limosnas y socorros gastaba mucho de lo que sus pad
res le daban para
galas y alfileres.

La casualidad, o la Providencia, que acaso sean her
manas sin saberlo,
hizo que la duquesita y Manuela se enamorasen y cas
aran casi al mismo
tiempo, hacía mil ochocientos setenta y tantos. Sin
duda el amor, que no
distingue de jerarquías ni clases, les rozó simultá
neamente con sus
alas. Algo así debió de suceder, porque ambas fuero
n madres con
diferencia de unas cuantas horas. Cuando el hijo de
la duquesita vertía
sus primeras lágrimas entre lienzo de Holanda y ri
cos encajes, hacía
sus primeros pucheros el chiquitín de Manuela envue
lto en pañales de
bayeta amarilla.

No habían salido a misa de parida, aún guardaban ca
ma, cuando una noche,
casi de madrugada, la duquesita mandó llamar a su d
oncella, hermana de
Manuela. Pasó un buen rato sin que acudiese la chic
a, impacientose el
ama, y al llamar por tercera o cuarta vez, entró al
fin la muchacha
diciendo llorosa y acontecida:

--Dispense V. E..., estaba arriba... porque a mi he
rmana _paece_ que se
la _yeba_ el Señor.

--¿Qué le pasa?

--Pues lo peor: dice el señor médico; que así como
a V. E. le ha
sucedio con bien la subida de la leche, a la pobr

e Manuela le ha
entrao una calentura _malina_ que nos quedamos si
n ella.

La duquesita quedó aterrada. Como su situación y la
de aquella
desdichada era casi la misma, pensó que podía haber
se hallado en caso
igual; tuvo miedo, tembló por sí, y se estremeció a
nte la idea de dejar
sin madre a aquel pedacito de su alma concebido ent
re placeres, parido
entre dolores, que allí dormía puestos los labios e
n su pecho y acogido
al calor tibio y cariñoso de su cuerpo.

--Válgame Dios--dijo la señora--con que calentura m
aligna...

--Pero muy grande, y lo más malo es que ha dicho el
señor médico que
busquen quien dé teta al niño... y ya ve vucencia,
así de pronto
cualquiera encuentra... Está la criatura llorando c
omo un cachorro...
chupa que chupa, Manuela con los pechos secos... y
ná, como si mamase
de un pepino.

La duquesita miró a su hijo con ternura, y en segui
da, obedeciendo a una
de esas inspiraciones femeninas que ante nada se de
tienen, dijo:

--¿Y no hay quien le dé teta?

--Nadie: ya hemos _corrío_ toda la _vecindaz_..., y
aunque ahora al
pronto se encontrara, ¿cómo quiere V. E. que luego
pague un ama? Estará
de Dios que se quede sin hijo.

--Pues oye... sube corriendo, coge al niño, mira si está limpito y bájalo... Yo tengo leche para dos.

Oposición de los padres, enojo del marido, advertencias del médico, todo fue inútil. La duquesita dio teta al hijo de Manuel a durante tres días, al cabo de los cuales, doblegándose ante la enérgica actitud de su esposo, devolvió el niño a la madre, prendiendo entre los pañales un billete de Banco para que pudiese pagar nodriza.

Súpose todo aquello en el barrio, y cuando la señora salió a misa de parida, no logró pisar el suelo de la calle; porque desde la escalera hasta el zaguán donde aguardaba el coche, y desde las gradas de la parroquia hasta el altar de la Virgen, las mujeres de la vecindad habían alfombrado el piso con mantones y flores; mantones raídos, flores baratas...; pero no hubo sultán de Oriente que disfrutara triunfo igual.

II

Muertos sus padres pocos años después, la duquesita, por seguir, la moda y complacer a su marido vendió la casa de sus mayores y edificó en la Castellana un hotel a la francesa, dirigido por un arquitecto de París. Cayó la antigua morada de los Vistillas, destruyose la severa fachada, y casi juntos rodaron por el suelo los fragmentos del escudo roto y las tejas de las buhardillas derruidas. Lo que produjer

on las rejas y los
sillares de berroqueña apenas bastó para pagar unas
cuantas piedras
traídas de Angulema. El nuevo edificio era extranje
ro, antipático,
barroco, en el mal sentido de la palabra, y en vez
de buhardillas
españolas, tenía una gran montera de pizarra.

Claro está que al derribarse la casa antigua fueron
echados a la calle
los servidores jubilados, y entre ellos Manuela. En
vano intentó ver a
la duquesa. El mayordomo, un burgués en canuto, más
aristocrático y
orgullosa que el amo a quien sisaba, no permitió qu
e se acercase a la
señora.

Manuela comenzó entonces a subir esa calle de la am
argura que se llama
miseria. Fue peinadora, cosió para las tiendas y el
corte, siendo
desgraciada en todo, y por último se puso a lavande
ra.

Pasó tiempo. La duquesita, esbelta y grácil, como u
n ángel de los que
pintó Goya en San Antonio, se había convertido en u
na señorona de
opulentas formas: Manuela, antes guapa, airosa y li
mpia, estaba fea,
ordinaria, flaca, embastecida por el trabajo y desf
igurada por las
privaciones.

III

Un día hubo motín de lavanderas. El Ayuntamiento, a
quien el pueblo
llamaba el gran matutero, les exigía un nuevo impue

sto, y las pobres no
podían ni querían pagarlo.

La gresca comenzó muy de mañana en los lavaderos de
l Norte, se corrió
río abajo desde los once caños hasta los puentes de
Segovia y Toledo,
arreció en los cobertizos del pontón, engrosó, por
ser domingo, con la
gente de los merenderos, y al medio día los grupos
de mujeres armadas de
palos, piedras, trancas y estacas subieron por el P
aseo de los Ocho
Hilos y la calle de Toledo a desembocar en la Plaza
de la Cebada. En
vano luchaban las tituladas autoridades.

--¡Muchachas! ¡Hijas mías!--decía el gobernador--to
do se arreglará...
Nombrad una comisión.

Una de aquellas desdichadas se adelantó diciendo:

--Mire _ustéz_ usía..., estamos hartas, y no nos da
la gana. Las que
salimos mejor libradas, las de lavadero, pagamos _c
á_ sábado treinta
ríales de pila y colada; dos _ríales_ de mozos _p
á_ que cuelen con
cudiao; por cada carretilla de ropa de la pila al
cuelo, y del cuelo a
la pila, una perra grande; en los tendedores otra p
erra, y en quantito
que llueve, _pá_ que recojan pronto, otra perra...
por subir y bajar
talegos una peseta _cá_ viaje; y ponga usted jabón,
palas, jornal de
ayudantas, valor de prendas _perdías_... y las hela
das y los calores...
las que _tién_ más suerte les queda diez _u_ doce _
ríales_ por semana...
vamos, lo que usted gasta en un puro. ¿Qué _quiuste

_ que comamos? ¡Y
ahora pone el alcalde otra contribución! ¡Como no _
sus_ demos morcilla!

Un guardia quiso prender a la oradora, pero sus com
pañeras la
defendieron a palos, mordiscos y arañazos... Salió
un sable de la vaina,
y allí fue Troya. Un diluvio de piedras y medios la
drillos cayó sobre
los representantes del poder; y todos quedaron igua
les; así los mal
nombrados por el gobierno, como los peor elegidos p
or el pueblo.

Gobernador, alcaldes, concejales, inspectores y gui
ndillas, tuvieron que
huir vergonzosamente ante las amazonas del Manzanar
es. Apaleaban a los
agentes, herían a los guardias, silbaban a los clér
igos, ordenaban
cierre de tiendas, y recorrían la capital en son de
guerra, gritando:

«¡Muera el alcalde! ¡Abajo los ladrones!» En la cal
le de Atocha

sufrieron una carga de caballería. Seis u ocho qued
aron descalabradas a

sablazos y tendidas en medio del arroyo; otras caye
ron pateadas por los

caballos; las más se replegaron desordenadamente ha
cia la plaza de Antón

Martín. Iban furiosas; no eran mujeres, sino fieras

.

Hubo momentos en que lo comenzado como asonada de m
iserables

desgraciadas amenazó trocarse en alzamiento social.

Los primeros gritos

fueron: ¡No pagamos! ¡Abajo la peseta! ¡Abajo el al
calde! Luego el

pueblo, con ese instinto que le hace relacionar ide
as hasta encontrar el

origen de su daño, comenzó a gritar ¡Abajo los ladr

ones! y por último la
miseria fermentada, la pobreza escarnecida, la igno
rancia fuerte y sin
freno, todo aquel conjunto de injusticias acumulada
s se condensó en una
voz terrible: ¡Mueran los ricos!

A este punto llegaba la marea del hambre, cuando en
mal hora acertó a
desembocar en la plaza una soberbia carretela ocupa
da por dos señoras
elegantísimas. Los caballos ingleses, el coche fran
cés, y lo que ellas
llevaban desde las telas de los trajes hasta las ho
rquillas de oro,
desde las medias de seda hasta las primorosas flore
s de sus
sombrerillos, todo tenía ese aspecto de suntuosidad
a la moderna que
cuesta más caro cuanto parece más sencillo.

Entonces, aquel río de furias desgredadas, aquellas
turbas harapientas,
atajaron el paso al coche, y sobre las magníficas f
aldas de las damas,
pálidas de sorpresa y medio muertas de miedo, comen
zó a caer en lluvia
pastosa y sucia el barro arañado de entre los adoqu
ines o cogido en las
socavas de los árboles; y empezaron a silbar por el
aire trozos de
cascote, escuchándose los rugidos de las amotinadas
, que vociferaban:
¡Mueran los ricos! Dos o tres piedras chocaron cont
ra la caja de la
carretela, quedó herido el lacayo, una moza de fuer
zas hercúleas metió
un garrote entre los radios de una rueda y apalanca
ndo con alma para
que no se moviera el coche, facilitó que por la tras
era de éste treparan
varias chicuelas ansiosas de arrancar de los sombre

rillos las primorosas
flores pagadas en París a peso de oro. Y los gritos
no cesaban: ¡Vamos a
desnudarlas! ¡Mueran los ricos! El momento fue horrr
ible; aquello parecía
el choque del hambre con la inconsciente insolencia
de la hartura.

De repente, una de las amotinadas, que estaba en te
rcera o cuarta fila,
comenzó a dar codazos y empujones pugnando por abr
irse paso.

Debía de ser alguna de las jefas, porque los grupos
se espaciaron
dejándola avanzar hasta la caja del coche, mientras
ella, gesticulando
enérgicamente, decía con los brazos en alto:

--¡Compañeras, quietas! ¡Chicas, no tiréis! ¡Dejadm
e hablar... no seáis
bestias!

Viendo a aquella mujer, la más joven de ambas damas
, dio un grito de
asombro y de sorpresa, exclamando:

--¡Manuela!

--¡Yo soy _señá_ duquesa!

Y subida en el estribo, agarrándose a la capota, si
guió gritando;

--¡Muchachas, por lo que más queráis en el mundo _s
us_ pido que no les
hagáis daño! Ellas no _tién_ la culpa. ¿Sabéis quié
n es ésta, la guapa,
la más joven, la que _paece_ la Virgen de la Paloma
? Las que me
conocéis, las de mi lavadero, ¿no _m'habéis_ oído c
ontar que cuando mi

hijo se me moría le dio la teta una señora?... ¡Pues ésta es! ¡_Pa_ hacerla daño me tenéis que matar a mí!

Sonó algún silbido, se oyeron algunas carcajadas de mofa, pero las turbas abrieron paso, los grupos se aclararon, la lavandera echó pie a tierra, arreó el cochero y el carruaje pudo arrancar despacio por entre aquella muchedumbre hostil, momentáneamente amansada. La duquesa miró a su salvadora con los ojos nublados de lágrimas, y Manuela siguió mientras pudo al lado del coche, diciendo, trémula de gozo:

--¡Adiós, señora! ¡Qué lejos que estamos ya los pobres y los ricos! ¡Cuánto más valían aquellas buhardillas cuando vivíamos unos cerca de otros _pa_ conocernos y querernos! Ahora hacen unos _ciminterios_ de vivos que les _yaman_ barrios pa obreros... y cuando subimos a Madrid... ¡es _pa_ esto!

--¡Te debemos la vida!--dijo una voz aún entrecortada del terror.

--¡Adiós, señora!

Trotaron los caballos, se alejó en salvo el coche, y a su espalda, ya lejos, arreció el rumor formidable del motín, semejante al ruido de una presa cuando rota la esclusa se precipita el agua en oleadas de espuma sucia y turbulenta.

EL OLVIDADO

Desde que la mano levantaba el pegado cortinón de alfombra, reforzado con tiras de cuero, quedaban los ojos deslumbrados.

La iglesia estaba hecha un ascua de oro. Las capillas laterales despedían resplandores amarillentos que, como grandes bocanadas de claridad, se confundían en el centro de la nave: de los arcos pendía multitud de arañas con flecos, colgajos y prismas de cristal tallado, en cuyas facetas irisadas se multiplicaba hasta lo infinito el tembleteo de las luces: y, al fondo, el retablo del altar mayor semejaba un monumento de oro adivinado tras la pirámide de llamas formada por cirios y velas, cuyos pábilos chisporroteaban, esmaltando de puntos rojos las espirales del incienso que flotaba en la atmósfera calurosa y pesada.

Casi no se distinguían imágenes, confesionarios, puertas, pinturas, ni tapices; los bultos y las líneas, perdidos la forma y el contorno, estaban ofuscados por un fulgor que, a pesar de su intensidad, recordaba la palidez enfermiza y triste de la cera. Las lámparas de aceite, repartidas a distancias y alturas desiguales, brillaban con claridad verdosa; y sobre la alta cornisa, de donde arrancaba la bóveda, había una línea de ventanas cegadas con cortinas en que los rayos del sol se detenían, iluminando los bordes de la tela y resbalando luego,

amortiguados y débiles, por las molduras polvorientas.

A los lados, en las entradas de las capillas, estaban los hombres, en pie la mayor parte, algunos arrodillados, todos cansados, formando grupos donde resaltaban los cráneos relucientes, las cabezas canas y los rostros encendidos del calor.

Las mujeres llenaban todo el centro de la nave: había tantas que estaban apiñadas, molestas, dejando oír continuamente el chocar de las sillas, el crujido de las sedas y el aleteo de los abanicos. No iban vestidas de trapillo, como salen a las primeras misas, sino lujosamente ataviadas, cual si para ir a la casa de Dios les hubiesen servido la vanidad y la tentación de doncellas consejeras. Su gracia y su hermosura, realzadas por la gravedad de los semblantes; la coquetería de sus movimientos al volver las hojas de los libros llenos de cifras y blasones; el modo de liarse a la muñeca los rosarios que parecían joyas; el inclinar la cabeza sobre el pecho anheloso, mirándose de reojo los pliegues de la falda; alguna tosecilla rebelde, rastro de los escotes del invierno, y alguna sonrisa cautelosa dirigida hacia las laterales de la nave, todo delataba una devoción superficial, elegante, frívola y mezquina; piedad exenta de grandeza, manchada de reminiscencias mundanales.

Sus espíritus parecían vagamente abismados en la contemplación no

lograda de algo que incompletamente deseaban, mostrando quietud sin recogimiento y misticismo sin poesía.

Sus cuerpos eran figuras de cuadros modernísimos. Tenían en los trajes dibujos primorosos; combinaciones de colores extraños perfectamente armonizados; cintas de tornasoles inverosímiles; flores tan bien contrahechas, que parecían recién cogidas entre rocío húmedo, y plumas tan leves como los filamentos vaporosos del incienso que flotaba en el aire.

La esbeltez de los talles, la exuberancia de los bustos, todos sus encantos y atractivos, estaban realzados, favorecidos, expuestos, y como ofreciéndose con la premeditación de un arte seductor y diabólico.

Las ropas les cubrían el cuerpo, pero ciñéndolo, pliegándose amorosamente, ondulando hasta modelar la forma como lienzos húmedos; dejando las bellezas a un tiempo tapadas y desnudas, vestidas y deshonestas, convirtiéndose el paño que oculta en gasa que revela y la gracia que atrae en sensualidad que enerva. Sus caras, alteradas por el disimulo y la coquetería, eran rostros de esfinge, espejos de almas insondables. Aquellas mujeres, nacidas en las cumbres sociales, y mimadas por la fortuna, eran la obra perfecta de la Naturaleza, embellecida por las fuerzas de la civilización. Lo que sobre sí llevaban era la cifra y compendio del trabajo humano: todas

las ciencias, todas
las industrias convergían a buscar maravillas o rea
lizar prodigios para
ellas. Allí estaban todos los tipos de la belleza f
emenina, todas las
variedades de la hermosura, y de entre las largas f
ilas, de cabezas se
desprendían emanaciones turbadoras: olor a lilas bl
ancas que hace
traidora la pureza, clavel rojo que huele a clavo,
heno fresco que trae
a los sentidos laxitud de amores campestres, y arom
as intensos del
Extremo Oriente, quintaesenciados por las artes vic
iosas de la Vieja
Europa. La dulzura de las miradas, el ligero palpit
ar de los labios
estremecidos por el rezo, no eran bastante a disipa
r la fascinación que
con su hermosura despertaban.

Cuando se movían arreglando los reclinatorios y las
sillas, el sagrado
recinto parecía estremecerse como santo mordida por
la tentación, y el
crujir de las sedas imitaba rumor de viento entre h
ojarasca caída y
seca.

Las luces brillaban intensamente; la atmósfera carg
ada, casi opaca, iba
tomando junto a las llamas cambiantes opalinos. El
formidable trompeteo
del órgano, a veces dominado por las notas altas de
l canto, se
desparramaba por el aire en oleadas de armonía, y c
uando cesaban se oía
monótono y constante el sonido casi cristalino, per
tinaz y agudo, de una
moneda de oro golpeada contra una bandeja de plata.
Entre el fulgor
amarillento de las luces y el sonido de aquella mon

eda, el templo
parecía dominado por algo terrenal y profano, mient
ras arriba, en lo
alto de la cornisa, a cada instante penetraba con m
ás dificultad la luz
del sol.

* * * *

En el crucero de la nave había un ventanal gótico g
uarnecido de vidrios
de colores, industria moderna que reproducía con fi
delidad pasmosa una
composición antigua, donde estaba pintada, como en
un transparente
mágico, el sublime episodio de que hablan los Evang
elios cuando refieren
cómo Jesús echó a los mercaderes del templo.

Era el fondo un edificio soberbio hecho con mármole
s y jaspes, e
invadido por muchedumbre de gentes abigarradas vest
idas lujosamente a
usanza hebrea. Los cambistas y negociantes estaban
sentados ante las
mesillas cargadas de dinero; otros vendían copas de
metales preciosos;
por el suelo había cestas de panes, jaulas de palom
as, y en el centro
resaltaba la figura de Jesús divina e imponente, ve
stido con túnica tan
blanca como la luz misma, echando de allí a los que
profanaban la casa
del Señor. Y en el friso del ventanal se leían esta
s palabras del
evangelio de San Mateo, escritas con caracteres gót
icos:

_Y les dice: Escrito está. Mi casa, casa de oración
será llamada; mas
vosotros cueva de ladrones la habéis hecho._

* * * *

* * * *

Al caer la tarde el sol poniente abarcó con sus rayos la ventana de colores iluminando de lleno la figura blanca con sus rayos horizontales; y entonces, como si milagrosamente la vivificaran los besos de aquella luz celeste, se fue desprendiendo de los vidrios, tomó cuerpo en el aire semejante a una forma diáfana, impalpable, flotó en el atmósfera, y lentamente fue bajando, bajando, a modo de aparición soñada, hasta tocar con sus sagrados pies el pavimento de la iglesia, por donde en luces amarillentas, lujos culpables y reflejos metálicos, parecía también desparramado el oro caído de las mesillas de los mercaderes.

Vagó un momento por entre sedas vistosas, flores contrahechas y perfumes lascivos, vio pendientes de los muros del templo los cepillos que pedían dinero, leyó en los corazones el ánsia de riquezas, y ante la impureza de las concupiscencias humanas, su alma se anegó en la tristeza infinita que experimenta el sacrificio estéril y olvidado... mientras en todo el ámbito del templo repercutía el sonido de la moneda de oro golpeada contra la bandeja de plata.

Entonces se inclinó hacia el suelo, cogió de un rincón un manojo de cuerdas olvidadas, y esgrimiéndolo a manera de látigo, castigó con

justicia y sin piedad.

Nadie le veía, nadie sentía dolor, y sin embargo las cuerdas acardenalaban las carnes, rompían las galas y mostraban desnudos los cuerpos pecadores. Llenose el aire de deseos torpes, de citas culpables, de hedor de riqueza mal ganada, de gemidos de tristes faltos de consuelo, de llanto de pobres olvidados. Viento de pavor heló los corazones. Allí fue el rechinar de dientes y el crujir de huesos de que habla la Escritura.

Hubo un momento de terror indecible, como debió de haberlo en el templo de Jerusalén, y toda aquella profusión de lujo y de poder quedó destruida y condenada, fantásticamente, en silencio, sin voces, sin gritos, sin dolor físico, sin que lo advirtieran los sentidos. No fue la destrucción en la realidad tangible de las cosas, sino en la íntima realidad de las conciencias.

* * * *

Siguió el órgano lanzando su formidable trompeteo, el incienso ocultando los altares, y continuó la monedita de oro golpeando la bandeja de plata.

Hecho aquel justo estrago, la figura blanca desprendida del vidrio perdió su forma corporal al trasponer la puerta, y trocada en resplandor luminoso, se hizo ingrávida, se alzó de tierra y se borró en el aire.

Aquella noche, en el templo solitario todo estaba en orden, pero en el ventanal gótico faltaba la figura blanca, y por el hueco de contorno humano que formaban los plomos sin vidrios, se veía en el cielo el parpadear misterioso de los astros.

En el pensamiento y la memoria de las gentes quedó clara y viva la impresión del milagro. ¿Fue antojo de imaginaciones turbadas? ¿Fue realidad?

Alguien dijo que le había visto en la calle socorrer a un pobre, mirar con piedad a una mujer perdida, y acariciar a un niño... Pero nadie sabía quién era. Todos le han olvidado.

LA CUARTA VIRTUD

Estaba el deán tomando chocolate y leyendo entre sorbo y sopa un diario neo católico, cuando entró en su cuarto el ama, diciendo sobresaltada:

--Señor, ahí está Garcerín, y dice que la catedral se viene abajo.

El deán, alma de la diócesis, porque el señor obispo de puro bueno no servía para nada, agitó con la cucharilla el vaso de agua donde se estaba deshaciendo el azucarillo, bebióselo tranquilamente, se limpió los labios con la servilleta, y mientras encendía u

n cigarro de papel,
más grueso que puro, repuso sin alterarse:

--Lo de siempre... ganas de asustar... algo menos s
erá. Dile que pase.

Garcerín, el monaguillo más listo y endiablado de l
a santa basílica,
traía el espanto pintado en la cara.

--¿Qué hay, buen mozo?

--Señor, que esta vez va de veras.

--Cuenta, cuenta.

--Pues, ahora mismo estaba yo quitando los cabos de
los candeleros del
Carmen, junto al crucero, cuando sonó por arriba, m
uy arribota, un ruido
como si crujiera una piedra al partirse, y cayeron
tres o cuatro pedazos
mayores que manzanas. Yo creí que serían, como otra
s veces, de la mezcla
que une los sillares, pero miré a lo alto y vi que
no: eran de la piedra
blanca de la cornisa, donde hay un adorno que parec
e una fila de huevos
y otra de hojas... de pronto ¡pum! otro pedazo gord
o, como su cabeza de
usted, y dio en la esquina del altar, y partió el m
ármol... y eché a
correr hacia la sacristía.

--¿Quién estaba allí?

--El señor arcipreste: le señalé dónde había sido,
miró, y dijo:
«¡Pronto, a cerrar! ¡que no entre nadie... que no p
ase nadie por ahí! Es
el pilar del lado de la Epístola. Vaya, este es el
acabose.» Yo volví a

mirar, y ¿se acuerda usted de que los pilares son como unas columnas cuadradas, grandes, muy grandes? Pues por arriba, a arriba, se han _desapartao_ las piedras más gordas, y entre dos de ellas queda un hueco que cabe un gato... y de allí está cayendo arena y chinillas de cal... Dice el señor arcipreste, que con que pase un carro por fuera se viene abajo media iglesia.

--Tenéis razón: esta vez va de veras. Vamos allá.

El señor deán, profundamente disgustado, se puso el manteo, cogió la teja de reluciente felpa, y salió diciendo como si el chico pudiese comprenderle:

--Entre el ábaco y la cornisa: allí está el mal.

A los pocos momentos entraban en la iglesia. Efectivamente: por uno de esos fenómenos difíciles de razonar a primera vista y frecuentes en toda vieja fábrica arquitectónica, el pilar del lado de la Epístola se había rajado en su tercio superior lo mismo que una caña, sin que el arco que en él se apoyaba sufriese, al parecer, la más ligera desviación: pero bastaba ver en lo alto el hueco de que habló el muchacho para comprender que el hundimiento de la bóveda podía sobrevenir de un momento a otro.

Suspendiose el culto, y aquella misma semana, antes de que comenzaran los trabajos de apuntalamiento, el telégrafo difundió por el mundo la noticia de que se había venido abajo la bóveda del

crucero.

El gobierno pidió a las Cortes un crédito extraordinario, se nombró una junta de restauración, y el deán fue el alma de ella, porque en la diócesis nada se podía hacer sin su consejo.

Era el deán relativamente ilustrado, leía mucho, tenía fama de entender en cuadros antiguos, y sabía dar a sus sermones cierto tinte artístico que contrastaba con la austera sequedad de otros oradores sagrados. Por ejemplo: para hacer el retrato de un asceta, lo pintaba como Zurbarán; al describir un martirio, se inspiraba en el San Bartolomé, de Ribera; al hablar de los horrores de la Pasión, traía a cuento los Cristos demacrados y escuálidos de Morales; y cuando quería dar idea de la Ascensión de la Virgen, la presentaba en periodos tan brillantes y poéticos como los fondos luminosos que puso Murillo a sus Concepciones: con todo lo cual y ser académico correspondiente de la de Bellas Artes, (porque en cierta ocasión mandó a Madrid el brocal de un pozo árabe diciendo que era romano) como no había en el cabildo otro que valiera más, pasaba por sabio, y hasta los periódicos liberales le llamaban erudito. Claro está que con tales antecedentes fue el alma de la restauración. Bajo su dominio tuvo el arquitecto que pasar las de Caín, pero al fin y al cabo se levantó el pilar y se rehizo la bóveda.

Concluida la parte arquitectónica de la obra, trato

se de decorar lo que
debía estar decorado, llamáronse pintores y estatua-
rios, y previa
presentación de bocetos quedaron sustituidos por ot-
ros nuevos cuantos
santos y santas perecieron en la pasada catástrofe.

Mas no todo salió a
gusto del deán, y como aún faltaban por decorar las
cuatro pechinas
formadas por los arcos del crucero, se deshizo de l-
os artistas que hasta
entonces trabajaron en la iglesia, y buscó uno capa-
z, a juicio suyo, de
concebir y ejecutar maravillas.

El pintor en quien se fijó era hombre de extraordin-
ario mérito.

Llamábase Molina y en él estaban reunidas y pondera-
das de tal suerte y
en tan justa medida la ilustración, las facultades
reflexivas y las
condiciones de pintor, que sabía estudiar, converti-
r el estudio en
inspiración, madurar el pensamiento, y luego darle
forma, haciendo que
en su pintura hubiese idea y que ésta no quedara em-
pequeñecida por mal
interpretada. En una palabra, un gran artista que d-
iscurría como Miguel
Ángel y ejecutaba como Velázquez. Lo que no tenía,
por ser español, era
dinero; mas a consecuencia de haber enviado obras a
exposiciones
extranjeras y haber retratado a una embajadora herm-
osísima, era su
nombre conocido en toda Europa. Deseoso de acrecent-
ar su fama, y también
de hacer fortuna, estaba precisamente a punto de ex-
patriarse, como
tantos otros, cuando le buscó el deán encargándole
los bocetos para las
cuatro pechinas; trabajo que aceptó gozoso, primero

por dejar en su patria muestra de lo que valía; y, segundo, porque necesitaba arbitrar recursos para el viaje.

Diose luego a pensar en cómo realizaría su trabajo. La cosa no tenía nada de fácil. Vistas desde el pavimento de la nave las pechinas, eran cuatro superficies triangulares y cóncavas que parecían tener desde la base al vértice tres metros o poco más, pero miradas de cerca, en lo alto del andamiaje, eran disparatadas de grandes. Además, en aquel sitio, a tal elevación y en espacios triangulares, no era racional hacer composiciones o grupos que desde abajo resultasen empujados, por las robustas líneas de la cornisa y el tremendo vano de la cúpula. Ello fue que después de estudiar mucho y pensar más, Molina resolvió pintar cuatro figuras colosales, sobre todo grandiosas, que simbolizaran aspiraciones, ideas y sentimientos armónicos con la naturaleza e índole del monumento.

Comenzó a hacer apuntes, bocetos, manchas de color, y ya iba dando vida real a los pensamientos soñados en el delirio creador, cuando el deán cayó enfermo, sin llegar a ver nada de lo que el artista había hecho. Entonces Molina, para trabajar a gusto, decidió no recibir a nadie hasta tener las cuatro figuras acabadas: nadie había de verlas mientras no las viese el señor deán.

La dolencia de éste fue larga; en, tanto que duró n

o permitieron los médicos, por ahorrarle cavilaciones, que se le hablase de la restauración del templo, y aunque así no fuera, nada hubiera podido saber de lo que hacía Molina, porque el artista con nadie hablaba de su obra ni toleraba visitas.

En cuanto el deán se puso bueno, su primera salida fue para ir al estudio. El pintor tenía terminado su trabajo y cubiertas las cuatro grandes figuras con otros tantos trozos de percal; a fin de que no les cayese polvo que ensuciara y velase la pintura fresca.

Quitó Molina el primer pedazo de percal al entrar el deán, y en la cara que éste puso comprendió lo mucho que le gustaba la figura. Dejole largo rato que la contemplase a su sabor, y luego, de un tirón, descorrió la segunda tela. La figura que ocultaba era infinitamente superior a la primera, y el deán se deshizo en elogios y alabanzas. Pero esto no fue nada comparado con lo que experimentó y dijo al descubrir el artista el tercer lienzo. Aquello sí que era concebir y colocar bien una figura, dibujar, sentir la forma, ser colorista y dominar todos los secretos de la paleta. La pintura de Molina venía a ser una fusión admirable de lo mejor de todas las escuelas. La figura parecía dibujada por Alberto Durero, tenía el color del Veronés, la elegancia de Boticelli, era tan decorativa como si la hubiese dispuesto Tiépolo, y tan real como si en

ella hubiese puesto mano Diego Velázquez. El deán creyó volverse loco de contento.

«¡Qué artista, qué prodigio!--pensaba.--¡Y qué ojo he tenido yo, porque sin mí nada de esto tendría la catedral!»

--Amigo mío, mejor que ésta no puede ser la otra--dijo luego en voz alta.

Descubrió Molina la cuarta figura, y allí fue Troya. Al principio no se dio cuenta el señor deán de lo que tenía delante, pero cuando llegó a entenderlo, montó en cólera y se puso hecho una fiera, prorrumpiendo en éstas y parecidas frases:

--¡Usted está loco! ¿Cómo pongo eso en la iglesia? ¿Cómo se le ha ocurrido a usted semejante desatino? ¡Se necesita de escarabajo! ¡Usted no sabe lo que se pesca!

Molina contestó en el mismo tono, y abriendo la puerta del estudio, mandó salir al deán; éste creyó desconocida y burlada su autoridad, el pintor consideró ajado su decoro de artista, y tales cosas se dijeron, uno bajando la escalera, y otro desde arriba, que nunca más pudo haber entre ellos paz ni avenencia.

La catedral se quedó con las pechinas en blanco, y Molina vendió los lienzos a un inglés.

Pasado algún tiempo, el deán cogió una pulmonía en el coro, y el pintor

se volvió tísico, muriendo ambos con diferencia de unas cuantas horas.

* * * *

Sus almas fueron volando por las alturas infinitas, más allá del firmamento estrellado, donde no alcanza la mirada humana, y atravesaron los espacios eternamente misteriosos, que han poblado de hipótesis y mitos los filósofos gentiles, los teólogos cristianos y los poetas de todas las edades.

En menos tiempo del que para contarle hace falta, traspusieron el cielo pétreo, de que habla Anaxágoras, el de aire vitrificado por el fuego que ideó Empédocles, las bóvedas cóncavas que imaginó Platón, y los tres cielos, luminoso, sideral y cristalino, de que habla Santo Tomás.

Por fin llegaron al Empíreo, donde según Alfonso el Sabio, habitan los santos, los ángeles, los tronos y las dominaciones, todos ocupados en la perdurable alabanza del Señor.

La puerta de la mansión de los justos era de oro, tenía luceros en vez de clavos, y junto a ella, sentado en una nubecilla, estaba San Pedro jugueteando con las llaves, aburrido, porque se le pasaban horas y horas sin tener que abrir a nadie.

Preocupados solo de su salvación, el deán y Molina no se habían mirado en el camino, pero al detenerse cerca del Santo se contemplaron

mutuamente exclamando de mala manera al mismo tiempo:

--¿Usted por aquí?

Encontrarse y comenzar a reñir, todo fue uno. Prodigáronse frases depresivas, injurias, improperios, todo género de insultos, con tal rabia, que San Pedro no pudo menos de decirles:

--¡Pero hijos míos... ¿no habéis sabido despojaros de las miserias humanas y pretendéis entrar ahí? Para traspasar esa puerta es preciso estar limpio de odio y de rencor, de todo sentimiento perverso y torpe.

Y deseando servirles de amigable componedor, añadió:

--Veamos si puedo conseguir que hagáis las paces. Contádmelo todo.

--Yo--habló el deán--encargué a este hombre, que era pintor, cuatro figuras, y él en desprecio de lo más santo y sagrado... pintó lo que le dio la gana. Las tres primeras eran soberbias, ¡pero la cuarta!...

--Señor--interrumpió Molina--efectivamente admití el encargo; los huecos que había que decorar eran cuatro. Lo primero que se me ocurrió fue pintar los cuatro evangelistas, pero ya los había hecho otro en distinto lugar del edificio. Luego pensé cuatro alegorías de la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza... También estaban hechas. Me acordé de profetas, de patriarcas, de reyes santos:

unos eran más de cuatro, otros menos, otros ya se habían pintado o esculpido. Entonces pinté primero la Fe...

--¿Cómo?--preguntó San Pedro.

--Hermosa, vendada, las vestiduras blancas, en una mano las tablas de la ley, en otra la palma del martirio, y toda ella iluminada por el sol, padre de la vida.

--No estaría mal.

--Luego pinté la Esperanza.

--¿De qué modo?

--En pie sobre la proa de una nave, apoyada en el áncora y fijos los ojos en el cielo. Luego pinté la Caridad.

--¿Cómo la representaste?

--Joven, más fuerte y más hermosa que ninguna, y dando de mamar a un niño de tipo muy distinto al suyo para indicar que no era su hijo, y que no le daba el pecho como madre, sino por ser Virtud.

--En verdad te digo que estuviste acertado.

--Que diga ahora--les interrumpió el deán--cual fue la cuarta figura que hizo.

El artista alzó la frente como quien no se avergüenza y declaró así:

--Pinté el Trabajo: mozo, vigoroso, inteligente, fo

rnido, con el yunque
sobre un montón de libros para expresar que el estu
dio es la base de la
fuerza, y coloqué a sus pies, esperando sus obras,
la Paz y la Limosna.
Entonces ese hombre--añadió señalando a su adversar
io--se enfureció
conmigo.

--Como que esa no es virtud--gritó el eclesiástico--
ni siquiera es esa
porque es ese.

--Porque es virtud macho--dijo el Santo al deán--tú
no puedes
comprenderlo. Y vamos a ver, vamos a ver, ¿para dón
de eran las pinturas?

--Para la catedral--contestó Molina.

--¿Y allí querías colocar el Trabajo?

--Sí, señor.

Al oír esto San Pedro, volviéndoles la espalda, ech
ó tranquilamente el
cerrojo a la puerta del cielo y luego encarándose c
on el artista y el
clérigo les dijo:

--Vaya, vaya, ¡largo, fuera de aquí los dos! Tú, de
án, al purgatorio una
temporadita por mal genio; y tú, pintor, tonto de c
apirote, al limbo,
como si fueras niño sin uso de razón. ¡El Trabajo e
n la catedral! ¡Qué
oportuno! Sabrás pintar, pero no sabes poner las co
sas en su sitio.

LOBO EN CEPO

I

A una ilustre ciudad española, donde los hombres trabajadores y valientes nacen de mujeres virtuosas y bellas, llegaron hace años dos viajeros, cuyos trajes negros ni eran enteramente seculares ni del todo eclesiásticos. Uno de ellos hablaba, aunque dulcemente, como superior; otro escuchaba con humildad y respondía con respeto. Eran ambos de continente severo, rostro lampiño y mirada que pareciera humilde si no fuese por lo tenaz, reveladora de una voluntad poderosísima. Tenían mansedumbre en la voz, daban a sus palabras el acento de una afabilidad melosa y persuasiva, pero a veces sus pupilas parecían incendiarse en el rápido e involuntario fulgurar de una energía indomable.

Pocas horas después de su llegada celebraron varias entrevistas misteriosas con gentes adineradas de la población, y a los tres días firmaron, ante notario y como subditos de potencia extranjera, la escritura de compra de un caserón antiguo convertido en fábrica por un industrial que, arruinado durante la guerra civil, tuvo que malvender su hacienda. De esta suerte la paz vino a ser provechosa, quizá, para los mismos que atizaron la lucha.

Transcurridos unos cuantos meses, el edificio tomó de nuevo el aspecto que acaso debió de tener años atrás. Los talleres y

naves de la fábrica
se convirtieron en habitaciones estrechas, como cel
das, y al rumor
alegre del trabajo, padre de la vida, sucedió en el
recinto el más
medroso silencio, sólo interrumpido a horas fijas p
or cantos misteriosos
y graves, entonados en una lengua muerta. Los hombr
es que en aquella
casa vivían fueron al principio muy pocos: luego, l
legando sigilosa y
calladamente por las noches, vinieron de tierras ex
trañas muchos más,
tantos, que sus cánticos antes débiles como compues
tos por escaso número
de voces, resonaron vigorosos y potentes, repercuti
endo en las
concavidades de los montes cercanos, cual si quisie
ran despertar los
ecos del cañoneo de antaño.

La población, contaminada de aquella vecindad, se h
izo levítica,
adquiriendo en poco tiempo un aspecto triste y somb
río. Las campanas,
que aun repicando alegres despiertan ideas de muert
e, vencieron al
fecundo rumor de los tornos, los telares, los marti
netes y los yunques.

II

Lindante con el antiguo caserón de aspecto conventu
al había un gran
jardín, y en su centro, una casa ceñida por macizos
de verdura y
sombreada por álamos y olmos seculares. Casa y jard
ín decían con mudas
voces que en ellos habitaba mujer, y mujer joven. Y
a los alféizares de
las ventanas mostraban un canastillo de labor lleno

de hilos y estambres
multicolores; ya en la mesa de mármol puesta en el
centro de un cenador
de enredaderas se veía una sombrilla de seda clara;
ya en las sillas de
hierro quedaban por olvido los manojos de flores re
cién cortadas; ya a
ciertas horas solían escucharse, amortiguados por c
ortinajes y
persianas, el tecleo de un piano bien tocado y el t
imbre fresco y
penetrante de una voz juvenil, que así sabía expres
ar la soñadora
melancolía de los grandes maestros alemanes como ro
mper en los alegres
ritmos de la tierra andaluza.

El dueño de aquella casa era don Gaspar Villarroel,
caballero viudo,
riquísimo propietario de haciendas en casi todas la
s regiones de España,
accionista del Banco, tenedor de sumas enormes en d
ollars
norteamericanos, en cuatros de la Deuda francesa y
en treses de la de
Inglaterra: y aquellas sombrillas olvidadas, las la
bores que por las
ventanas se veían y los cantares llenos de poesía e
ran de Helena, su
hija única, de veinte años, que andando el tiempo h
abía de ser muchas
veces millonaria.

A ella vivía enteramente consagrado don Gaspar: sól
o para guardarla y
protegerla quería que Dios le prolongase los días.
No era hermosa ni
siquiera bonita, y habiendo de ser extraordinariame
nte rica, quedaba su
porvenir a merced del primer hombre que movido de r
uin codicia se
fingiese prendado de ella. Harto sabía su padre que

no pasaría de
codicia y fingimiento lo que su hija inspirase, pues no tenía más
encantos que el pelo abundoso y negro, la voz dulce
y el mirar
inteligente. El cuerpo no era esbelto, ni el andar
airoso, ni las
facciones delicadas.

Luego de conocerla y ahondar en su alma con el trato, se hacía querer,
pero le faltaban esas gracias corporales que hechizan los sentidos y
dominan la voluntad. Don Gaspar lo sabía y por ello la amaba doblemente:
como hija y como hija fea que ha de ser resarcida en cariño paternal, de
aquel otro afecto menos puro, que no habían de profesarle los hombres.
Sólo pensaba en ella, en mimarla, en conservar sus bienes para que los
disfrutase, en dirigir su entendimiento y vigilar su corazón, para que
si, lo que era dudoso, llegase a casarse, tuviera más probabilidades su
ventura. Parecíale que aquella falta de encantos y aquel extraordinario
patrimonio podrían ser, a no evitarlo cuidadosamente, dos elementos de
infortunio: pero aún no había tenido su prudencia graves riesgos que
preveer, ni su cariñosa entereza pasión mal inspirada a que oponerse.

Hasta entonces, unas veces los viajes, otras la solidad y el
apartamiento del mundo, la premeditada alternativa de las distracciones
y del hogar, habían mantenido a Helena en esa desesperanza tranquila y
resignada con que piensan en la felicidad por el amor los que desconfían

de ella. Comprendía que no era hermosa y que era de masiado rica.

Don Gaspar concedía a su hija la libertad razonable para que no la desease tan completa que le fuese dañosa: con él asistía Helena a las diversiones que le agradaban y a las visitas con que se conserva la amistad; a misa y tiendas iba con su prima doña Flora, solterona, pobre, de ellos cariñosamente amparada e incapaz de tolerar la más leve imprudencia: primero por severidad de principios y luego por miedo a ser arrojada de una casa donde nada le faltaba.

De esta suerte vivían hija y padre, don Gaspar con el pensamiento puesto en ella, y Helena dejando volar su imaginación entre resignada y soñadora, cuando durante un otoño comenzó la muchacha a sufrir tal cambio en su manera de ser, que no pudo quedar oculto a quien vivía continuamente observándola para ahuyentarle penas y procurarle venturas.

Nunca fue demasiado aficionada a las galas, pero de pronto se descuidó por completo en el vestir; le gustaban las flores y dejó de adornar con ellas su cuarto; deliraba por la música y pasó semanas enteras sin abrir el piano. Su habitual seriedad se convirtió en aspeza de carácter, el desabrimiento se hizo luego tiesura, y en poco tiempo experimentó una transformación, tanto más fácil de apreciar, cuanto más inesperada y rápida.

Primero sintió el alma invadida de tristeza, después se hizo disimulada;
y por último cayó en profunda melancolía como espíritu débil a quien
brutalmente se arrancan de cuajo ilusiones y esperanzas.

«¿Estará enamorada?» imaginaba la prima doña Flora.

«¿Tendrá pasión de ánimo?» decía la doncella.

«Esta chica está mala», pensaba su padre.

Nadie comprendía la causa de aquel cambio.

Ya hablaba don Gaspar de llevársela a París en busca de doctores, cuando
una mañana doña Flora entró en su despacho, sin ser llamada, diciéndole
de buenas a primeras:

--Ya sé lo que tiene tu hija. Ármate de valor... Quiere meterse monja. Y
yo creo que la idea no ha nacido de ella: es cosa de los de ahí al lado.

Don Gaspar, mudo de asombro y de terror, se limitó a decir:

--¡Habla... todo lo que sepas, todo lo que sospeches, no me ocultes
nada!

--Pues se reduce a muy poco, pero muy claro. Hace dos meses, una mañana
que llovía muchísimo y tú te habías llevado el coche, nos metimos ahí al
lado por no ir hasta la catedral. Luego ha vuelto conmigo... como está
tan cerca, cuando hace mal tiempo es más cómodo. Después la he visto

hablar varias veces con uno de ellos por la verja d
el jardín: ella
dentro, él desde fuera, al pasar, casi sin deteners
e.

--¿Y qué trazas tiene?

--Es hombre de buena edad, y ¡con una mirada más in
teligente! Para mí,
él es quien le ha metido esas ideas en la cabeza. J
amás había Helena
hablado hasta ahora de semejante cosa. ¡Si se moría
por el teatro y se
entusiasmaba con libros y novelas! Además, me ha di
cho la doncella, que
algunas mañanas ha salido con ella, al primer toque
, antes de que yo me
levantara, pero que como no hacían más que ir ahí a
l lado, no creyó que
debía decirlo. Nada, que se han apoderado de ella c
omo hicieron con la
hija del banquero francés, con Teresita, con Sofía,
con la viuda de
Parque...

--¡Todas ricas!--murmuró don Gaspar.

--Ella no se atreve a hablar sinceramente, pero est
á desconocida: se ha
hecho seca y arisca; de cuando en cuando suelta una
s frases... que
revelan un egoísmo... «Las mujeres feas y muy ricas
--dice--no pueden ser
felices en el mundo; a cada paso un desengaño. No s
e pierden como las
bonitas, pero les hacen creer en el amor, y luego..
. nada. Ya ves, yo
por ejemplo--añadía--¿qué puedo esperar? Una ilusió
n, engañarme a
sabiendas, y luego frialdad, esquivez, cada uno por
su lado; él, quien
sea, rico, poderoso con lo mío, buscará en otras lo

s encantos que yo no tengo.»--Dice que para las que no son hermosas como ella, solo hay un esposo bueno, el que no engaña; ¡y lo dice con una unción, con un fervor! Otras veces habla de la casa y de nosotros con un despego que da frío.

--Pues ¿qué ha dicho?

--Ayer mismo me dijo: «Si yo faltara pronto me olvidaríais, hasta papá: el cariño no es tan mentira como el amor, pero también es un sentimiento terrenal.»

Flora siguió hablando largo rato, don Gaspar la escuchó sin poder disimular la pena que se le asomó a los ojos, y luego murmuró tristemente:

--¡Veremos!

III

De allí a dos días, mientras Helena y doña Flora fueron a pasar la tarde en casa de unos parientes, don Gaspar recibía en su despacho a un hombre que, llamado por él de antemano, acudió puntualmente a la cita. Era uno de los de al lado, de aquellos que con nombre y calidad extranjera, adquirieron la fábrica donde al caer la tarde se entonaban cánticos tristes en una lengua muerta. Tenía el rostro lampiño, la mirada humilde, la palabra dulzona, el traje entre sacerdote tal y profano.

Ofreci6le asiento don Gaspar, cerr6 las puertas como en comedia, y luego con forzada tranquilidad, pero sin que se le alterara una l6nea del semblante, sin asomo de ira, pero con el acento de la m6s aterradora resoluci6n, le habl6 de esta manera:

--Usted conoce a mi hija: en ella cifro toda mi dicha; s6lo vivo para hacerla feliz. Si la perdiese, si se apartase de mi lado, me costar6 la vida... Esc6cheme usted bien... Estoy dispuesto a todo. A quien quisiera robarme mi dinero le recibir6 a tiros; fig6rese usted lo que har6 con quien intente separarme de mi hija. Podr6 llev6rsela a Dios, que es Se6or de todos nosotros; podr6, aunque no es bonita, encontrar un hombre que aprecie lo que ella vale moralmente, y entonces yo les bendecir6 y dar6 gracias a Dios; pero lo que es eso de hacerla ver que es fea, envenen6ndole la vida para que huya del mundo, arrebat6rmela como se roba una alhaja... lo que es eso, yo le juro a usted que no ser6...

Quiso el desconocido interrumpir a don Gaspar, mas no se lo permiti6 6l, y sigui6 de este modo:

--No ha venido usted a hablar, sino a o6r, y emp6pese usted bien de lo que oiga. Ya sabe usted lo rico que soy; si eso sucediera, todo me lo gastar6 en buscarle a usted para matarle. Ahora, usted que ha hecho el mal con sus exhortaciones, ponga con sus consejos el remedio, entendiendo que si en el plazo de dos meses no se l

e quitan a mi hija de
la cabeza esas fantasmagorías, le mato a usted como
a lobo sorprendido
en redil. Las consecuencias no me asustan. Perdida
mi hija, lo mismo me
da morir de un modo que de otro. Dos meses de plazo
. ¡Usted sólo ha de
hablar con ella! Yo no le diré palabra. Puede usted
retirarse.

De nuevo quiso contestar el incógnito personaje, pe
ro don Gaspar salió
de la estancia, dejándole condenado al más rabioso
silencio que
imaginarse puede, y plenamente convencido de que er
a hombre capaz de
realizar cuanto decía.

* * * *

Apenas habían transcurrido dos meses, cuando Helena
comenzó a ser lo que
era antes.

Como quien tras una pesadilla recobra el sentido de
la realidad, se le
fue borrando del pensamiento la melancolía; tornó a
cuidar de su
persona, vigiló el jardín cuyas flores escogía para
su cuarto, y por
fin, una noche, después de haber estado tocando un
rato el piano, por
distraer a su padre, se arrojó en sus brazos, deshe
cha en lágrimas,
diciéndole sólo estas palabras:

--¡Perdóname, porque nunca me separaré de ti!

Sin duda, el flexible y tornadizo espíritu de la mu
jer se plegó a unas
amonestaciones como se había sometido antes a otras
.

IV

¿Supieron el fracaso del propagandista sus superiores jerárquicos? ¿Le consideraron inútil para desengañar del mundo a herederos de millones?

Un día se notó su falta a la hora de la comida, los demás hablaron de él como miembro que se amputa, y luego le rezaron por muerto.

* * * *

* * * *

Transcurrieron algunos años, y aquel hombre, vuelto al seno de la humanidad, sintió renacer aspiraciones e ideas que en mal hora consideró por la educación sofocadas y por el fanatismo comprimidas.

En otra región del mundo, en otras tierras, con otro nombre, fénix de sí propio, resucitó en espíritu, amó, fue amado y tuvo un hijo. Aquel hijo creció, haciéndose mozo fuerte y hermoso como el Hérmes de los mitos paganos. Una mujer indigna, engañosa y astuta, tal vez la ramera de que habla la Escritura, quiso apartarle de su padre, mas éste desplegó tal energía y se defendió tan resueltamente que logró romper aquellos lazos.

Pasó mucho tiempo--esa divinidad que a toda conciencia hace un día justiciera de sí misma.--Hijo y padre caminaban al caer la tarde por una deleitosa campiña que el sol poniente envolvía en u

na atmósfera de polvo
luminoso. El viejo se apoyaba en el brazo del mancebo, fingiendo
fatigarse para oprimírselo cariñosamente, mientras
la luz de los cielos,
la pureza del aire y el penetrante aroma que se alzaba de los terruños
soleados parecían envolverles en la bendición suprema del verdadero
Dios. El hijo, adelantándose unos pasos, cortó de una mata algunas
flores para el sepulcro de su madre, que era muerta
: y entonces el
viejo, experimentando lo que antes jamás pudo comprender, sintió la
duplicación del espíritu por la paternidad, y vuelto el pensamiento a lo
pasado, dijo acordándose de don Gaspar:

«¡Hizo bien!»

EL HIJO DEL CAMINO

Era el tiempo en que para trasladar a los presos y penados de cárcel a
cárcel, de penal a penal, se les llevaba todavía a pie por los caminos,
entre destacamentos de gente armada.

* * * *

Tras el día de calor insufrible, vino la noche sin brisa, cálida y
sofocante.

No corría un pelo de aire, ni se alzaba del suelo un átomo de polvo. La
carretera abierta en la dilatada extensión de la ll

anura, se destacaba
interrumpiendo el gris terroso de los campos, como
una cinta blanca y
ancha tendida sobre los surcos en rastrojo.

Por su centro iba _la cuerda_, la reata humana, dob
lemente rendida a la
pesadumbre de la fatiga y del delito.

Quién llevaba morral, quién alforjas, quién manta,
los más, nada;
veíanse muchos descalzos, despeados; pocos fumaban,
no reía ninguno. A
los lados marchaba la tropa obligada a meterse por
la estrecha hondura
de las cunetas, o a subirse en los montones de guij
a y pedernal recién
partido, mientras el brillo de las armas, iluminada
s por la luna,
limitaba la movible masa de aquella triste muchedum
bre. Los grillos y
las cigarras cantaban libremente; voces humanas se
oían pocas, y esas
eran blasfemias; tal vez envidia de los animalillos
, desahogo propio de
gente forzada del rey que iba a las galeras.

En la Venta de la Mora se hizo alto: _la cuerda_ se
recogió a un lado
del camino, en un repecho: los soldados desataron l
os cabos de bramante,
y luego, apartándose y formando extenso círculo en
torno de los presos,
colocaron centinelas. De allí a poco salieron de la
venta quince o
veinte mujeres harapientas, sucias, miserables, y e
squivando a los de
uniforme corrieron hacia los del grupo central, aun
ándose con ellos en
parejas que desaparecían tras un tronco, tras un pe
ñasco, en un
repliegue del terreno, donde pudieran ocultarse.

Era la visita del amor a la desgracia; amor momentáneo, vicioso, repugnante, y venal; pero amor. Y era también costumbre sancionada por los años, tolerancia perpetuada por la tradición, a buso que tomó origen en el capricho de un rey absoluto, ganoso de repoblar su reino.

Antes de romper el alba, la columna se ponía en marcha. Después, los padres anónimos morían en presidio, y los hijos de aquellas esposas de una noche se llamaban _los hijos del camino_.

II

Así fue concebido Juan.

Su madre le adoró, como si estuviera engendrado mediante sacramento; pero las gentes del lugar, cuando niño, le miraron con lástima, cuando adolescente le mofaron y de mozo le escarnecieron. Cada vez que pasaba por la aldea una cuerda de presos, le decían las chicas:

--Juan, ¿será tu padre alguno de esos?

Primero se ganó la vida recogiendo boñigas para estercolar huertos, después fue lazarillo de ciego, dio al fuelle en casa del herrero, se metió a zagal de diligencias... por fin huyó de la comarca.

Su pobre madre no volvió a saber de él en mucho tiempo.

Estuvo como alimentador de horno en una fábrica de vidrio, sufriendo las bocanadas de las llamas; fue minero, permaneciendo semanas enteras sin ver la luz del sol: trabajó en los telares, respirando el polvillo que blanqueaba los tejidos y le cegaba los pulmones; no hubo industria que no intentara ni oficio en que pudiese medrar.

Si en su lugarejo no encontró amparo, en las ciudades le faltó protección. Nadie le dio enseñanza, ni le dejó tiempo de adquirirla. Su instinto le decía «estudia»; la necesidad le respondía «gana». Cualquier aprendizaje le hubiera mermado el pan y el sueño.

En tanto, la madre pensaba en él, arrancándole su recuerdo las horribles lágrimas de la incertidumbre, pues no sabía dónde estaba, ni si era vivo o muerto. Al fin lo averiguó; hizo que le escribieran, y aunque de tarde en tarde supieron uno de otro: ella le enviaba besos; él le mandó por un arriero un gran pañuelo de algodón de colores, valor de un día de jornal.

Juan pasó de labor a labor, de oficio a oficio, practicándolos todos, sin dominar ninguno, renunciando a unos por penosos e insalubres, a otros por indignos y embrutecedores, hasta que entró en una compañía de alumbrado eléctrico, casi como bestia de carga.

Su obligación era llevar artefactos, utensilios y herramientas a sus compañeros de trabajo.

Una tarde fue con ellos a la prueba de luces en una soberbia casa, donde a la noche debía verificarse una gran fiesta. ¡Cuánta magnificencia contemplaron sus ojos! Jamás vio cosa igual.

Cada salón era un prodigio del arte o un camarín de la molición. Los mármoles parecían encerrar en su seno transparente hojas de vegetaciones inverosímiles; los muebles, por sus formas, incitaban a la voluptuosidad o al reposo; los tapices caían discretamente ante las puertas; los rasos y los flecos guardaban en la urdimbre de sus tramas los colores del iris; había canastillas de orquídeas australianas mezcladas con flores de cristal que despedían rayos luminosos; libros cubiertos de oro, que atesoraban en sus páginas el oro aún más puro del pensamiento humano, y todo ello en desorden bellísimo se reflejaba en espejos que, como poseídos de codicia, multiplicaban hasta lo infinito las riquezas.

De pronto apareció Luz, la dueña de la casa, ya vestida para la fiesta, e impaciente por juzgar el efecto de la iluminación.

Juan imaginó que era una diosa. Traía la cabellera salpicada de brillantes que semejaban estrellas perdidas en una nube de oro, el cuello ceñido por hilos de perlas menos blancas que su pecho, y todas las líneas de su cuerpo admirable envueltas en telas primorosas, antes dispuestas para revelar la forma que para encubrir

la desnudez. Tenía la
voz aunque imperiosa, encantadora, y su persona exh
alaba un perfume
penetrante y sutil, intenso y turbador, que juntame
nte producía
fascinación al espíritu y embriaguez a los sentidos
.

El hombre inculto e ignorante, incapaz de analizar
lo que experimentaba,
pero hombre al fin, sintió la tentación y el ánsia
que dá la fruta
puesta al alcance de la boca del niño.

Primero quedó suspenso con el pasmo de la sorpresa,
luego se dijo con la
velocidad del pensamiento que cuanto había en aquel
maravilloso recinto
y cuanto realzaba la belleza de aquella mujer extra
ordinaria, había bajo
una u otra forma nacido entre sus manos. Carbón arr
ancado a las entrañas
de la tierra y convertido en torrentes de claridad;
cristales fundidos
por aquel horno que secó su garganta; hierros forja
dos al fuego en que
se abrasó los dedos; sedas teñidas en aquellas subs
tancias que le
envenenaron los pulmones; todo, ¡todo! había contri
buido a formarlo, y
nada, ¡nada! era para él. Entonces Luz se ofreció a
su deseo como
creación maravillosa en que él había puesto hueso d
e sus huesos y sangre
de su sangre, hasta convertirla en el compendio de
las dichas humanas.
¿Por qué no había de pertenecerle? ¿Habrían de vivi
r eternamente juntos
y separados a la vez, como la cortesana y el esclav
o? ¿Qué ley cruel lo
disponía? ¿Quién la escribió?

El espectáculo de la riqueza le llenó de asombro; la privación de lo que otros disfrutaban espoleó a la envidia; la ignorancia cerró a la abnegación el paso; la conciencia le dijo que su ambición era justa; miró a Luz con codicia, y en el fondo de su alma surgió el deseo de gozarla o la resolución de destruirla.

Así se hallaron frente a frente la personificación de todas las grandezas acumuladas por los tiempos y el representante de una raza que contribuyó a crearla para delicia de otros.

Juan poseído de una pasión que daba espanto, tendió hacia ella los brazos. Luz, al principio sonrió despreciativamente, pero al sentir las manos callosas sobre el pecho, dio voces, lanzó gritos de angustia; y en su auxilio acudieron tres hombres.

III

El primero, que parecía consumido por el estudio, la riqueza y los vicios, dijo a Juan casi medrosamente, acompañando la frase con ademanes oratorios:

--Su amor no se alcanza por fuerza... Puedes llegar a lograrlo, pero no así. ¿Cómo ha de amarte si tus caricias son zarpazos? Adquiere instrucción y cultura. Eres libre... Ejercita los derechos que te permiten igualarte a los que somos preferidos.

El segundo, que vestía ropa negra y talar, le dijo

endulzando el
desengaño con acento meloso:

--El amor de esa mujer no es para tí. Conténtate con su caridad. Los favoritos de ahora son los dichosos de aquí bajo... Tú serás de los bienaventurados allá arriba. ¡Hay otra vida! ¡Cree, sufre y espera!

El tercero de aquellos hombres, que ceñía espada y llevaba en el traje bordados de oro, le dijo ásperamente:

--Si das un paso más hacia ella te mataré con este arma que tú mismo has forjado.

Juan salió profiriendo amenazas: y Luz quedó al oírle estremecida de pavor, como la ciudad de las ramera ante la voz de los Profetas.

IV

Poco tiempo después una explosión formidable destruyó la soberbia morada. Lienzos en que el genio imitó la Naturaleza, mármoles en que palpitó la vida, páginas preñadas de ciencia y poesía, prodigios del arte y maravillas de la industria... todo fue destruido, y sobre un montón de escombros humeantes quedó Luz aún viva, pero desgarradas las carnes, bañada en su propia sangre, espantosa, mutilada y deforme.

Juan confesó el delito con altanería y se dispuso a purgarlo con valor. ¿Qué le importaba morir? Su crimen fue salvaje, por

que lo aconsejaron el
deseo frustrado y la razón escarnecida, pero su cau
sa era justa. El
delincuente se consagró mártir. Otros tan desdichad
os como él vendrían
detrás. Luz habría de sentarles a su mesa en el ban
quete de la vida y
darles la parte de amor que les correspondiese, o r
esignarse a perecer.

No se repliega el viento a los senos misteriosos do
nde nace, ni el agua
retrocede a las fuentes en que brota; pero el espír
itu está sujeto al
ataavismo como el cuerpo a la herencia. Juan era hij
o del camino.

Fue condenado a muerte, y llegada la hora tremenda,
entró con pie firme
y ánimo sereno en la capilla; lugar en que, dudosa
de sí misma, busca la
justicia humana complicidad en la divina.

Allí le esperaban los tres personajes que ampararon
a Luz. Uno
representaba la ley: otro mandaba la fuerza armada;
el tercero le
ayudaría a bien morir.

Faltaban pocos minutos para subir las gradas del pa
tíbulo, cuando, por
especial permiso de quien podía concederlo, entró e
n la estancia un
hombre con un papel en la mano. Tomolo el sacerdote
y pasando por el
escrito los ojos, dejó enseguida caer los brazos a
lo largo del cuerpo.

--¿Es el indulto?--preguntó Juan, sin miedo ni espe
ranza.

--No es una carta de tu madre. Te infundirá valor.

Toma y lee.

Juan la estrujó contra sus labios en silencio, lloró sobre ella, y devolviéndosela al ministro de Dios, repuso amargamente:

--¡No me han enseñado! ¡No sé!

* * * *

LOS TRIUNFOS DEL DOLOR

En una extensa planicie formada por tierras de pan llevar, estaba la casa solariega de los Niharra, donde descuidada del mundo, cuidadosa de su hacienda y soñadora con sus recuerdos, vivía doña Inés, a quien en los contornos apellidaban _la Santa_. Nombrarla en la comarca era casi, y para muchos sin casi, nombrar a la Providencia; porque a veces, quien imploraba algo del cielo, que lo puede todo, solía no alcanzarlo, mientras ella nada negaba estando en su mano concederlo. Perdonar arriendos, rebajar censos, dotar doncellas y redimir mozos de quintas, era para doña Inés el pan nuestro de cada día. De sus armarios salían las ropas para los pobres; de su despensa los comestibles para los desvalidos; de sus trojes el grano para los labradores arruinados; costeaba médico y botica; por su precepto, iban los niños a la escuela; con su prudencia enfrenaba discordias, desvanecía r

encores, y añadiendo
a la limosna que puede dar el rico la compasión que
solo siente el
bueno, siempre y para todos, tenía piedad en el cor
azón y consuelo en
los labios. Si alguna vez se ensoberbeció la ingrat
itud contra ella,
supo ahogarla a fuerza de beneficios; así que por d
ónde quiera que iba,
salían las gentes a su paso, muchas a pedir, y much
as más, aunque
parezca increíble, a mostrarse agradecidas. Las fra
ses de bendición y de
respeto que escuchaba, la riqueza que le permitía h
acer tanta caridad y
el justo regocijo de su conciencia, sobre todo, deb
ieran de infundirle
aquella tranquilidad de espíritu en que la verdader
a felicidad se funda,
y sin embargo, no daba señales de ser dichosa.

Al recuerdo de amores contrariados no había que ach
atarlo; primero,
porque ni su lenguaje, ni su rostro, delataban la t
risteza apacible,
pero indeleble, que deja en los resignados el dolor
; y, además, porque
los años todo lo aminoran, y ella contaba tantos, q
ue bien podían
haberle ido borrando del pensamiento las memorias t
ristes, por muchas
que tuviese.

Sus ojos, y su boca no sonreían con la tranquila me
lancolía de quien
sufre, porque recuerda; ni eran los suyos sinsabore
s, medio consumidos,
y acaso poetizados por el tiempo: eran penas vivas,
recientes, de las
que la imaginación agrava cada día y roban más sueñ
o cada noche. Ante
aquella mujer, buena y sin ventura, el alma se sent

ía invadida de tedio
y desesperanza, porque aún engendra más escepticismo
o la desdicha del
justo, que la prosperidad del malo.

* * * *

Tenía dos hijos: Marcelo y Luciano, de tan opuesta
inclinación, que
nunca pudieron vivir en paz. Cuando niños fueron sus
juegos diferentes,
cuando jóvenes distintas sus aspiraciones, y hechos
hombres, antagónicos
sus ideales, de modo que jamás hubo entre ellos con-
cordia ni armonía.
Marcelo era apasionado y vehemente, todo imaginación
y viveza: Luciano
reflexivo y tranquilo, todo razón y calma: uno, im-
pulsado por su
fantasía, se deleitaba en las especulaciones del es-
píritu, poetizándolas
con el encanto del misterio y prestando fe a lo que
su entendimiento no
alcanzaba: otro, sin más guía que la investigación
y el análisis,
estudiaba el carácter de los fenómenos y el origen
de las cosas hasta
arrebatarles sus secretos, dando solo el augusto no-
mbre de verdades a
las demostradas por la observación y la experiencia
.

Para Marcelo el alma era inmortal como su Creador,
señora de sí misma;
los hechos fruto de las ideas, y la verdad el respl-
andor de la
revelación: para Luciano causas y efectos, hechos e
ideas se confundían
en el seno de la Naturaleza, deidad esquiva y desde-
ñosa, que no con-
oraciones, sino sólo con trabajo y estudio, se deja
arrebatar los

bienes: a Marcelo le bastaba el pensamiento para abismarse en la contemplación de lo divino hasta sentir en los arrebos del éxtasis la clara visión de Dios: Luciano creía que el destino del hombre es luchar con la materia, vencerla, y luego perderse confundido y sumado con ella para siempre.

Sólo en un punto estaban de acuerdo: en adorar a su madre, que distante por igual del fanatismo de ambos, vivía consagrada a endulzar amarguras y aminorar desdichas, sin preguntar jamás cómo pensaba el que sufría. Doña Inés, por su perfecta imparcialidad en el reparto de la limosna y el consuelo, antes buscaba al dolor mismo que a su víctima; iba hacia el infortunio como corre el agua dulce de los ríos hacia el mar, sin arrancarle nunca su amargura salobre, pero sin cansarse jamás; mientras sus hijos aunque animados, en el fondo del mismo espíritu de caridad, perdían el tiempo en el estéril empeño de descifrar lo incognoscible.

Marcelo siguió la carrera eclesiástica, Luciano estudió medicina, y ambos simultáneamente, por su virtud, y su mérito, llegaron a ser, uno espejo de sacerdotes, y otro modelo de hombres de ciencia; citándose al par en el mundo como justamente envidiables, la gloria alcanzada por Marcelo en el pulpito y los concilios, y el prestigio conquistado por Luciano en los laboratorios y hospitales.

De su madre no se olvidó ninguno. A servirla y cuid

arla asistían con
cariñosa frecuencia, pero nunca iban a verla al mis-
mo tiempo, porque los
años, aferrándose a sus ideas habían exacerbado su
doble
intransigencia.

De hallarse juntos, Marcelo habría tachado de abomi-
nables e impíos los
trabajos de la ciencia moderna, y Luciano hubiera e-
scarnecido todo
respeto a lo sobrenatural y dogmático.

Ni la religión ni la ciencia supieron hacerles mans-
os de corazón. La
única virtud que les faltaba era la tolerancia.

* * * *

Al cabo de mucho tiempo recibieron aviso de que su
madre se moría, y
casi a la misma hora, sin temor a encontrarse, lleg-
aron a la antigua
casa solariega. Para entrar en ella les fue preciso
cruzar por entre los
grupos de campesinos, que abandonando sus hogares,
acudían a saber de
doña Inés.

Subieron al cuarto de la enferma, que vencida ya po-
r la dolencia, no
pudo conocerles, y considerando ambos la situación
gravísima, cada cual
obró como quien era.

Marcelo dijo que si su madre recobraba el sentido,
la prepararía
inmediatamente a bien morir: sin más que un reclina-
torio, un crucifijo y
dos velas, improvisó un altar a la derecha de la ca-
ma y sacando de bajo
los hábitos un libro se puso en oración.

Luciano, después de hablar largamente con el médico que la había asistido, para enterarse de la índole y progresos del mal, resolvió no apartarse de allí un momento, apurando cuantos recursos le sugiriese aquella ciencia que tanto amaba, y de que entonces había menester más que nunca.

El cuarto día a contar desde su llegada, fue tristísimo. La pobre anciana parecía irse consumiendo como haz de leña seca y menuda, abrasada por un fuego invisible. Su cuerpo endeble, pequeñuelo, e inmóvil, apenas formaba bulto bajo las ropas del lecho; la respiración era tan débil que casi no hubiera empañado la superficie de un espejo.

Marcelo continuaba orando.

Luciano paseaba en silencio desde el dormitorio a la estancia contigua, y con la mano derecha metida en el bolsillo del chaleco, acariciaba nerviosamente un pequeño frasco de cristal.

Al caer la tarde, creyendo observar en el estado de la enferma la presentación de síntomas aterradores, llamó por señas a su hermano, llevele lejos de la cama, y mostrándole el pomo, que contenía quince o veinte gramos de un líquido transparente e incoloro, le dijo:

--Voy perdiendo toda esperanza... ya no hay remedio.

--La misericordia de Dios es infinita--repuso Marcelo.

--Escucha--prosiguió Luciano--esto que parece agua, es el alcaloide extraída de una planta del extremo Oriente, que nadie antes que yo ha empleado en medicina: yo mismo lo he preparado... pero la experimentación me ha producido efectos que aún no puedo someter a principios fijos. Cuatro gotas de esto pueden, tal vez, ahora, retrasar la catástrofe; acaso consigamos una reacción, una crisis que devuelva a madre la salud... pero el remedio va a obrar en un organismo muy gastado, sin resistencia ni vigor, y si no tiene fuerzas para soportarlo se muere... es decir, la matamos. En una palabra; esto puede ser la vida y puede ser la muerte; es una probabilidad, no es la certidumbre de salvarla...

Los ojos de ambos estaban nublados de lágrimas.

Ya no había en aquellos dos hombres encono ni aversión: la amenaza de la muerte parecía restaurar en sus corazones la fraternidad que su pensamiento había roto.

--Esperaremos--dijo tímidamente Marcelo al cabo de unos instantes.--Y volvió a arrodillarse en el reclinatorio.

Luciano, dejando sobre la mesa el frasco, se colocó a los pies de la cama y permaneció sin apartar la vista de su madre.

Pasó la noche. ¡Qué largas les parecieron las horas
, qué medroso el
silencio, qué alarmante cualquier rumor, y cómo les
desazonaba el ruido
metálico y acompasado del reloj, que en cada oscila
ción del péndulo
parecía llevarse un instante de aquella vida que er
a para ellos el mayor
tesoro del mundo!

* * * *

* * * *

Por un balcón de la estancia inmediata, dejado entr
eabierto para renovar
la atmósfera, comenzó a soplar el aire saturado de
aromas campestres,
oyose el canto vigoroso de los gallos, y primero en
vago resplandor,
luego en torrentes de claridad, entró la luz del dí
a, saludado con
maravillosos gorjeos por los millares de pájaros qu
e rebullían entre el
ramaje de las huertas. Cuanto venía de fuera signif
icaba llamamiento a
la renovación y la vida; mientras allí dentro la in
acción y el silencio
parecían ir allanando su camino a la muerte.

Marcelo seguía rezando.

Luciano había puesto sobre la mesa donde estaba el
frasco, una copa con
un cortadillo de agua, a la cual era preciso unir e
l medicamento: todo
lo tenía preparado, y sin atreverse a intentar la h
orrible prueba, iba y
venía de un cuarto a otro, mirando alternativamente
al frasco y a la
copa.

Al cabo de muchas horas de aplanamiento y laxitud, doña Inés pareció reanimarse, abrió los ojos y cambiando de postura murmuró algunas frases incoherentes. Entonces Luciano alargó la mano hacia la mesa, cogió el frasco, lo destapó... y enseguida, de pronto, bruscamente, como acobardado, volvió a dejarlo de golpe donde estaba.

Al ruido alzó Marcelo la cabeza, y viendo retratada en el rostro de su hermano la perplejidad y angustia que sentía, fue hacia él, preguntándole por lo bajo:

--¿Qué es eso?

--Mira--repuso señalando a su madre--se ha movido, ha hablado, está más fuerte... tal vez pudiera resistirlo. Este es el instante oportuno... ¡y no me atrevo! ¡Si estuviéramos en la clínica! ¡Si no fuera ella!

--¿Tú crees que se salvaría con... eso?

--En casos análogos... unas veces el medicamento ha respondido... otras ha fallado.

De repente, doña Inés, incorporándose sola en el lecho y con voz apenas perceptible, murmuró:

--¡Agua!

Ellos se contemplaron de hito en hito; silenciosamente, leyéndose en los ojos la incertidumbre que les consumía, mientras la anciana repitió

sordamente:

--¡Agua!... ¡Agua!

Aquella voz que temían no volver a escuchar nunca les removi6 el fondo del alma, agitando y trastornando de tal modo sus ideas, que cada uno, sin darse cuenta de ello, busc6 la salvaci6n de lo que amaba, no en los medios que le eran peculiares y propios, sino en aquello mismo que por serle ajeno, desconocido y contrario, adquiri6 a sus ojos las proporciones de lo maravilloso.

En aquel momento supremo vacil6 la fe del creyente y se quebrant6 la incredulidad del esceptico: el místico se sintió mordido por la duda y el desengañado se dejó seducir por la esperanza. Todo lo trastorn6 el brutal zarpazo del dolor.

Luciano, el médico, cay6 de rodillas ante el crucifijo adorando a Dios en espíritu y en verdad. Marcelo, el sacerdote, se aproxim6 a la mesa, tom6 el frasco, verti6 unas cuantas gotas de su contenido en el agua, y sosteniendo con una mano a la enferma le hizo con otra beber el líquido misterioso. Mientras el médico pedía misericordia al cielo, el sacerdote se echaba en brazos de la ciencia.

* * * *

¿Lleg6 al cielo la plegaria? ¿Obr6 la substancia química sobre el organismo?

* * * *

De allí a poco doña Inés comenzó a mejorar, recobró la salud y fue de nuevo durante algunos años alivio de pobres y consuelo de tristes.

Los dos hermanos procuraron desde entonces no hallarse frente a frente. Cada uno de ellos era poseedor del secreto del otro y ambos se sentían avergonzados por aquel pasajero desfallecimiento que a nadie confesaron.

Quedoles el convencimiento de que en el mundo había algo que les era común y propio por igual, algo que todo lo perturba y equipara: el Dolor, deidad suprema que puede sembrar la duda en el espíritu del creyente y hacer que brote la esperanza en el pensamiento del incrédulo; pero alejado el peligro renació en su corazón la intransigencia, y ni Luciano atribuyó poder a su oración, ni Marcelo creyó en la eficacia del remedio.

LOS FAVORES DE FORTUNA

I

No hay divinidad a quien se rinda culto más sincero y universal que a la Fortuna. Los hombres desde que empiezan a serlo, en lo que llaman edad de la razón le consagran la vida. Fortuna en cambio con la esperanza les

atrae, con la codicia les excita, con la molicie le
s corrompe, o con la
soberbia les ciega, hasta que enseñoreada de ellos,
les deja unas veces
que realicen su ambición y otras que satisfagan su
apetito. Nadie la
desprecia sin que le llamen loco, a ninguno que la
logra se le
considera necio; de unos se deja conseguir por la a
stucia, a otros se
somete por capricho, los más se arrojan a conquista
rla, los menos
procuran merecerla: es tal su perversión que gusta
de que la tomen por
fuerza, y es tan grato su imperio y son tan dulces
sus halagos que luego
de poseída no hay debilidad en que el animoso no in
curra por
conservarla, ni fortaleza que el apocado no intente
por no perderla. Sus
amantes son infinitos, y a ellos se entrega como co
rtesana que ni cuida
de escogerlos, ni piensa en lo que le sacrifican, n
i estima lo que les
concede, ni repara en cuándo se lo quita. Con unos
parece que se
encariña desde que nacen, y les colma de dones toda
la vida: a otros
sonríe sólo en la vejez para amargarles la muerte;
y hasta más allá del
sepulcro llega su influjo, pues ni deja que sea cad
a cual llorado según
su mérito ni reparte con justicia la gloria. No hay
grande de la tierra,
por ensalzado que esté, a quien no pueda poner más
en alto todavía; ni
humilde, por bajo que se halle, a quien no sepa enc
umbrar sobre el
primero. Reparte sus dones unas veces complaciéndos
e en detenerse para
colmar deseos, y otras los deja caer a la carrera p
ara que queden las

alegrías truncadas y los placeres incompletos. Pasa estúpidamente desde la prodigalidad a la avaricia, y desde la esplendidez a la miseria: su amor ciega, su desdén mata, a unos envilece, a otros trastorna; es la eterna Dulcinea engañosa para nuestra locura, y encantada para nuestra razón: niega lo que se le implora, da lo que no se le pide, todo lo tiene, y todo lo derrocha. Sólo dos cosas negó la Naturaleza a la Fortuna, que ni puede hacer generoso al mezquino, ni consigue acallar el remordimiento en la conciencia del malvado.

II

Pero ya no es Fortuna la gloriosa divinidad pagana que recibía culto en las aras ceñidas de mirto, ni recorre el mundo en una rueda, mostrando desnuda la majestad de su hermosura: se ha hecho un palacio que es centro y emporio de las grandezas modernas, y en vez de un santuario de diosa habita un camarín de cortesana, donde por ásperas cuevas y empinadas pendientes suben los que la solicitan echándose a la espalda cuanto les pesa o les estorba. La ambición les guía, el amor propio les alienta, el egoísmo les sostiene, la impudencia les basta, y entre los riscos del camino se van dejando, sin sentirlo, la hombría de bien, la amistad y el cariño. Muchos emprenden la jornada: los más se rinden, pocos la terminan, y al llegar con el corazón helado por el frío de la cumbre, se desvanecen con la altura, imaginando ver

empequeñecido y
diminuto lo que dejaron en el llano. Luego Fortuna
les atormenta con
esquivaces, les engolosina con veleidades, y tanto
se hace desear, o
pone tal precio a sus caricias, que algunos al cons
eguir la, echan de
menos lo que inmolaron por gozarla. Unos le sacrifi
can la honradez,
otros la fe; quién ahoga brutalmente la concienciar
el que menos, pierde
por ella la vergüenza. Es, en fin, la gran ramera d
e la vida, que se
resiste al esforzado, se entrega al ruin, a cualqui
era se vende, y hasta
de largo en largo se deja conquistar por el bueno,
convirtiéndolo en
blanco de envidiosos.

III

En cierta ocasión se enamoraron de Fortuna tres hom
bres: Carlos Tizona,
mozo de arrojo extraordinario, para quien la mejor
razón era la espada:
el doctor Infolio, que sin ser viejo casi lo parecí
a de tanto haber
estudiado; y un tal Lepe, último vástago de una fam
ilia proverbial por
lo lista. Tizona de todo era capaz, Infolio no igno
raba nada, y a Lepe
se le ocurría siempre lo mejor; de suerte que si la
s condiciones de los
tres se reuniesen en uno, fácilmente se hiciera señ
or del mundo. Eran,
por sus distintas facultades y por el grado en que
las poseían, la
personificación de las tres potencias más enérgicas
y eficaces de la
vida: el valor, que nada teme; el trabajo, que de t
odo triunfa, y el

ingenio, que allana cuanto intenta.

Al enterarse, cada uno de ellos de que también amaban los otros a Fortuna, faltó poco para que vinieran todos a las manos. Tizona quiso esgrimir la de su nombre, Infolio perdió la serenidad, y a Lepe le descompuso la ira. Ya iban a reñir, cuando este último, en un instante de lucidez les dijo de este modo:

--¿Por qué luchar y aborrecernos si aún no sabemos en cuál se ha de fijar Fortuna? Seamos amigos, hasta que ella escoja, por lo menos; no sintamos la envidia antes de que haya quien saboree el placer. Emprendamos juntos la jornada, si queréis, o siga cada cual la senda que le acomode hasta llegar al palacio de Fortuna.

--Yo no voy con vosotros--gritó Tizona sin ocultar su pensamiento--pues sé un atajo por dónde, si no me estrello, llegaré enseguida.

--Yo--replicó Infolio--quiero también ir solo, porque en largos años de trabajo he discurrido un mecanismo para subir las pendientes sin esfuerzo.

Oído lo cual, añadió Lepe:

--Pues vaya cada uno por su lado; alguien he de encontrar que me lleve en coche o a la grupa, que yo no subo andando.

Despidiéronse con la sonrisa en los labios, aunque odiándose, y puesto el pensamiento en su ambicioso propósito, emprendie

ron a hora distinta y
por diversos lugares el camino.

IV

Pasó mucho tiempo, sin que ellos mismos pudieran precisar el número de años transcurridos: porque las esperanzas y fatigas les hicieron perder la cuenta, hasta que una mañana, cuando menos lo esperaban, al dar vuelta a un recodo, se encontraron casi simultáneamente en la esplanada que rodeaba el alcázar dónde vivía la dama de sus pesamientos.

Lepe llegó el primero, y al parecer de buen humor, pero con los labios plegados por una sonrisa de incredulidad que daba pena; Infolio era un anciano achacoso, gastado e impotente para gozar lo que soñaba; Tizona traía melladas las armas, el cuerpo cosido a cicatrices, y alguna herida fresca todavía.

Saludáronse ceremoniosos, sin mostrarse simpatía ni sentir rencor: ninguno preguntó a los otros la historia de su viaje, y como Dios o el diablo les dieron a entender, procuraron entrar en el recinto misterioso.

Tizona, viendo cerradas las verjas, a riesgo de matarse, escaló una ventana: Infolio, dijo tan admirables cosas propias y ajenas, colocándose ante la puerta, que sus hojas, dejándole paso, se abrieron solas, y entonces Lepe se coló dentro astutamente.

A los pocos momentos estaban en la antecámara del ídolo. Sólo les separaba de él una cortina sutil e impenetrable, que cayendo desde la techumbre hasta el suelo, semejaba el velo de un lugar sagrado.

Ninguno se atrevió a descorrerla, y absortos de estupor, febriles de impaciencia, esperaron, fija la vista en los amplios pliegues que ponían estorbo a sus deseos.

De pronto, se abrieron los paños como rasgados de alto a bajo, y dejaron ver un instante el ámbito de la estancia que ocultaban. El santuario de Fortuna era una alcoba. Hacia el fondo sonó el estallido desigual de un beso doble, y enseguida, salió tranquilamente un hombrecillo insignificante, feúcho, pequeñuelo y vulgar, que con aire de triunfo venía estirándose los puños y acariciándose la barba. Entonces los que esperaban se avalanzaron hacia él entre humillados y rabiosos gritando y preguntándole a grandes voces:

--¡Profanación!

--¿Quién eres?

--¿Por dónde has subido?

Mientras el feliz mortal, mirándoles sin comprender su indignación, respondía con la mayor frescura:

--Soy Perico Mediano, y he subido por la escalera de servicio.

LAS PLEGARIAS

I

Al dar la una y media comenzaron a despedirse los contertulios: a las dos sólo quedaban en el magnífico salón los dueños de la casa, marido y mujer, ambos jóvenes, hermosos y al parecer felices: él se puso a leer un periódico de la noche y ella se entretuvo escribiendo con un lápiz de oro al dorso de una tarjeta las visitas y compras que pensaba hacer al día siguiente.

Después hablaron un rato de cosas de poca monta, y, por fin, ella, levantándose de pronto, le dijo mirándole amorosamente:

--Me voy a recoger el pelo. ¿Tardarás?

--Acuéstate. Enseguida voy.

Luego de retirarse la dama, el hombre pasó del salón a su despacho, que era la habitación contigua, y oprimiendo un resorte oculto entre los cortinajes, dio luz a las lámparas eléctricas.

Los muros estaban cubiertos de verdaderos tapices góticos, los estantes llenos de buenos libros, en un testero había un magnífico retrato de familia a cuyos lados brillaban dos panoplias de armas antiguas, y en

otro lienzo de pared destacaba sobre el fondo multi color y borroso del tapiz un santo pintado por Zurbarán. Cuanto allí había era prueba de exquisito gusto, cultura y riqueza bien empleada. Indudablemente el lujo de relumbrón, las antiguallas falsificadas y los caprichos absurdos impuestos por la moda, no tenían entrada en aquella casa.

Sentose el caballero ante la mesa, sacó de un cajón una cartera, y tras consultar rápidamente varios papeles, apuntó, poco más o menos de este modo, lo que se proponía hacer al otro día:

«Carta al administrador de Terrones para que perdone la mensualidad a los colonos perjudicados por la nube del mes pasado, y les dé lo necesario para la siembra.--Al mayordomo de Valhondo que libere de quintas al hijo del guarda.--Decir al ministro que no voto a favor de la desviación del canal, porque no conviene a los intereses de aquellos pueblos.--Mandar, según costumbre, lo que haga falta en el Monte para desempeñar las herramientas de trabajo y máquinas de coser cuyas papeletas venzan este mes.»

Todo lo cual indicaba que aquel rico merecía serlo.

Después guardó la cartera, cerró el cajón, y recostándose en el sillón, permaneció largo rato ensimismado y como abstraído por sus pensamientos.

Poco a poco fue dibujándose en su rostro un gesto d

e inexpresable
amargura, luego dobló la cabeza sobre el pecho, y enseguida, enderezando
a Dios el pensamiento, dijo mentalmente de este modo, no con palabras
aprendidas de memoria, sino con aquellas espontáneas y sinceras razones
que, inspiradas en verdadera piedad, no pueden menos de llegar a dónde
van dirigidas:

«¡Un día más... y un día menos! No he hecho mal a nadie, y he procurado
algún bien. Permíteme, Señor, que pueda decir lo mismo mañana. No
faltándome tu favor, estoy seguro de mi voluntad...
Me has hecho rico,
es decir, depositario de lo que destinas a los pobres, y al remediar los
males del prójimo imagino cumplir tus mandatos. No me desprendo de nada
mío, sino que doy a cada cual lo que quieres que sea suyo; si más me
dieras, más distribuiría; y si de todo me privases, mi único dolor sería
ver desdichas sin poder remediarlas... Por Tí he comprendido que la
verdadera sabiduría estriba en combatir odios y sofocar rencores:
procuro ser justo; pero no me has hecho feliz. Tú sabes lo que falta a
mi dicha. Te pido un hijo. Quiero tenerlo para que aprenda a ensalzarte
como Te gusta ser ensalzado, que es sometiendo la maldad a la justicia,
acercando la compasión al dolor; y quiero también ser padre, porque no
es bueno que se seque el árbol sin dejar retoño. Mi esposa me ama tanto
como yo a ella, pero nuestro lecho es estéril. ¡Señor! Dame un hijo para
que te ame con dos vidas y te sirva con dos volunta

des.»

De pronto sonó a lo lejos una voz femenina que llamaba cariñosamente; el caballero apagó la luz, y a oscuras, andando a tientas, que es como el hombre camina hacia la felicidad, salió en busca de su mujer.

II

Varía la decoración y son otras las personas.

En un miserable sotabanco habita un matrimonio pobre. El marido fue empleado y quedó cesante sin auxilio, amparo ni valimiento; la mujer, que era menestrala, enfermó durante el primer embarazo y fue despedida del taller: rápidamente pasaron de la escasez a la pobreza y de la pobreza a la miseria; pero como eran jóvenes y se querían mucho, nada contuvo su pasión. En seis años de matrimonio tuvieron otros tantos hijos.

* * * *

La noche era horrible: los vidrios rajados o mal juntos dejaban paso al frío por roturas y resquicios: no había rescoldo en el fogón, ni cisco en el brasero, ni provisiones en la alacena, ni casi ropas en las camas, porque el carbonero ya no fiaba, ni el tendero se compadecía, ni el prestamista devolvía las mantas sin que le pagasen lo estipulado; y los pequeñuelos lloraban y los mayorcitos pedían pan, mientras los padres se

miraban silenciosa y desesperadamente, ya pronto el
hombre a toda maldad
y dispuesta la mujer a todo sacrificio.

Más tarde, cuando el marido se fue a acostar, renegando de Dios y
maldiciendo de los hombres, ella dio un beso a cada
niño, y enseguida,
postrándose de rodillas ante una grosera estampa de
Cristo pegada en la
pared, comenzó a orar entre dientes.

Rezó primero el Padre Nuestro, luego el Credo después muchas Salves y
Ave Marías, cuanto aprendió de niña sin saber lo que significaba, y por
último, buscando en las reconditeces de su alma aceros propios,
inspirados en la magnitud de su desventura; dijo alzando los ojos y
clavándolos en la estampa: «¡Señor! ¡Piedad, misericordia! ¡Que no se
mueran estos niños! ¡Pan, nada más que pan!»--Y dejando caer la cabeza
sobre el asiento de una silla que tenía delante, permaneció en oración
largo rato, hasta que el marido la llamó desde el jergón que les servía
de cama, diciendo:

--Ven, hija, ven y trae cualquier cosa para arroparnos, que aquí no se
puede parar de frío.

III

En los altos cielos, espacios eternamente misteriosos y negados por
siempre al pensamiento humano, allí donde solo llegan los desvaríos de
la imaginación y los arrobos de la fe, resonaban do

s voces de acento
sobrenatural y prodigioso. La una era majestuosa, i
mponente y dulce
sobre toda ponderación; la otra era voz humana, dig
nificada y
ennoblecida por la santidad.

--¡Pedro!--dijo la primera.

--Señor--repuso con humildad la segunda.

--¿Hay algo?

--Lo de siempre. Peticiones de la ambición, exigenc
ias de la codicia,
vanidades del amor propio, arrogancias de la soberb
ia, desafueros de la
maldad, sollozos de dolor y bostezos de hambre.

--A esos hay que atender primero.

--Señor, es que son muchos los que piden y pocos lo
s que agradecen.

--No importa. Coge a manos llenas los bienes y déja
los caer sobre los
limpios de corazón.

* * * *

Pasado algún tiempo, el matrimonio rico heredó una
considerable fortuna
que acreció la suya. Fue aquello como golpe de agua
que, dejando acaso
estéril la llanura, engrosa el caudal de otra corri
ente: y en el hogar
del matrimonio pobre nació el séptimo hijo.

Los afortunados no agradecieron lo que les sobraba,
y los infelices casi
maldijeron lo que no habían pedido.

* * * *

Entonces resonaron de nuevo en las alturas las voces misteriosas:

--¡Pedro!

--¡Señor!

--Mis órdenes se cumplen mal--dijo la voz de imponente e inefable dulzura--a pesar de mis bondades suben de la Tierra lamentos de dolor que mueven a piedad.

--Los del planetilla revoltoso no hacen más que pedir. Nadie quiere penar; todos creen merecer. Ninguno acepta su misión fatal e ineludible, ni se resigna a cumplirla. Imaginan que la vida debe ser la felicidad, cuando es sólo ocasión de conseguirla.

--Es que yo no soy el Destino ciego, sino la Providencia bondadosa. ¡Felices! ¿Por qué no han de serlo? En verdad te digo que el hombre no comprenderá nunca la majestad del dolor. De hoy más, a quien pida con fe para obrar con caridad, désele todo. Hay que reorganizar este negociado.

EL NIETO

El general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimo cuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de D

urobando, noble hasta
la médula de los huesos, senador por derecho propio
, modelo de
caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo
de rostro y
hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose quer
er inspiraba respeto,
mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo,
en una palabra, tan
montado a la antigua que parecía la viva encarnació
n de todos aquellos
ideales que cumplida su misión en la vida, van qued
ando honrosamente
almacenados en la historia por la inflexible mano d
el tiempo.

A bueno nadie le ganaba, a severo le aventajaban po
cos, y en punto a
reaccionario no había quien le igualase. Fue feliz
durante casi toda su
vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo
para él en la
juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer ama
nte y luego sumisa
compañera; únicamente en la vejez, cuando creía ten
erla más sujeta,
comenzó a mostrársele rebelde, como hembra cansada
de ser fiel mucho
tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su p
restigio y cuanto
defendió con su espada se iba desmoronando. La fe s
e bastardeaba
convirtiéndose en devoción superficial y mundana; l
as clases sociales se
fundían derretidas por la fiebre del oro; el princi
pio de autoridad
cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró
esclarecido y alto
tendía a oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo a b
rillar y subir; lo

poco antes calificado de utopia era casi realidad, los sueños se hacían tangibles y a las amenazas se respondía con reforma; lo que en su mocedad se dominaba a tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver a su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques a lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo a aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano hasta votar la tolerancia religiosa e importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y enseguida que la idea de Patria no es consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios, y finalmente a punto estuvo de desheredarle sabiendo que durante las elecciones asistió a una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados.

Mas como todo está compensado en la vida, la amargura ocasionada por aquellas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta se compensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su geniecillo voluntario

so indicaba que había
de parecerse, no a su padre, sino a su abuelo. El g
eneral experimentaba
impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando ref
erir o presenciando y
oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaba
n de meras
insolencias infantiles y que a él se le antojaban c
laros indicios de
ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica
.

Pepito era indudablemente a sus ojos un caso notabi
lísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez
de pedir merienda la
cogía del aparador: espíritu de conquista, decía el
general. Agradábale
sobre manera ir limpio, bien vestido y majo: gustos
aristocráticos,
pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo
reñir a dos
muchachos, y caer debajo al más débil, se arrojó a
su defensa: clara
muestra de comprender la misión de su nobleza. Fina
lmente, un día en una
tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepi
to llamó ladrón al
comerciante: horror al mercantilismo imaginó el abu
elo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades
no se debilitaran ni
maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni a
l contacto de malas
compañías, el general, desconfiando del criterio y
carácter de su
propio hijo, resolvió encargarse de la educación de
l chico: y no
pusieron los reyes de Francia más cuidado en buscar
maestro a un Delfín

que puso él para admitir preceptor a su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño a quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida.

Quiero--le dijo el general--que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñas... y aunque no ha de cantar misa, ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de beaterías: espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. ¡Cristiano de verdad! ¡En fin, que sea todo un hombre!

El capellán--nadie le llamaba por su nombre en la casa--era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro: tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente; bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilla

oso espíritu de
unidad. Adaptándose a la tierna imaginación propia
de la edad del niño,
hízole considerar la ciencia como trabajo humano qu
e pugna por acercarse
a lo divino; el arte como emanación y resplandor de
lo bueno; la
historia como inmenso campo al través del cual marc
han las razas
guiadas por Dios a su destino; y la vida como valle
de amarguras en que
para las más acerbadas lágrimas y los más intensos do
lores hay consuelo
cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren
ser caritativo el
poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuer
te, humilde el débil,
y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligenci
a y la claridad con
que se expresaba el capellán, que el discípulo prom
etía honrar al
maestro. Varias veces examinó el general a Pepito;
en más de una ocasión
le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realida
d encaminadas a ver
el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempr
e quedó, aparte
pasión de abuelo, que es padre doble, maravillado d
el instinto con que
se asimilaba cuanto trascendiese a hombría de bien
y sentimiento de
justicia.

--¿Qué aguinaldo quieres, monín?,--le dijo pocos dí
as antes de Navidad.

--Un nacimiento--repuso el chico.

Su abuelo fue con él a Santa Cruz, le dejó escoger
cuanto quiso, pagó

contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron a casa el peñasco
lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que
habían de representarla.

Al día siguiente, gracias a la febril actividad del niño y mediante
algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su
sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de
estudio. Nunca vieron ojos de muchacho cosa tan bonita. ¡Qué _propio_
estaba!

El peñasco, que tenía más de dos varas en cuadro, figuraba una serie de
cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos
declives con las cimas cubiertas de nieve y en la parte baja serpeados
por un arroyuelo de agua verdadera que venía a morir en un estanque con
surtidor, de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito y para
ocultarlo veíase agrupado en torno del monte el caserío de cartón que
fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos minaretes de cartulina
ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el vidrio molido
hacía papel de escarcha, venían en sendos camellos sus reales majestades
Gaspar, Melchor y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde
del arroyo había un grupo de, lavanderas; en un altílo, junto a la
hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban
las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada

cabeza y peana verdosa destacaban sobre el musgo aterciopelado y húmedo.
De entre un macizo de follaje salía una pareja de guardias civiles, cuyos tricorneos enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorrillo de cartón se leía la palabra _vino_. El portal de Belén era grandiosa fábrica gótico-romana de corcho con sus columnas estriadas: dentro estaba el pesebre y guarnecido de verdadera paja y sobre ella el Niño Jesús enteramente desnudo y boca arriba, a sus lados el buey y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración, San José con traje amarillo, y la Virgen con manto más brillante y rojo que un pimientito, ambas cabezas coronadas por descomunales resplandores en que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicos de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luego, por todas partes ciñéndolo y adornándolo todo, ramas de palmera, de espino, de abeto, de tomillo, de tuya, de romero, grandes trozos de musgo y un sinnúmero de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética...

Cuando el general vio el nacimiento, faltó poco para que cogiese un rabel: si no lo hizo fue porque no quedara mal para el principio de autoridad.

A la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en el patio a uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

--Envidia, nada más que envidia... señora--dijo dirigiéndose a su ama el criado adulator:--mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberrenchinado en que les compre muñecos.

La dama, sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabecita baja y las manitas a la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó a correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la escalera de servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

A la noche, terminada la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fue horrible. El nacimiento estaba encendido; pero a pesar de las luces, triste y despoblado. Parecía que los muñecos de barro habían huido al sentirle llegar: faltaban más de la

mitad. Los reyes
magos reducidos a dos; de la pareja de civiles, un
número; la mula del
pesebre, ausente; los borregos, pastores y zagalas,
en cuadro; el
caserío de Belén, medio derribado para arrancar alg
unas fincas, y ¡oh
cosa inverosímil! San José permanecía junto a su di
vino hijo, mas la
Virgen había desaparecido.

--¡¡Pepito!! ¿Qué ha pasado aquí?--gritó enojado el
abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo; no m
uy contento, pero
sereno.

--¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es
ese el aprecio que
has hecho?...

--No he roto nada--repuso Pepito.--Los chicos de ab
ajo lloraban mucho
porque no tenían nacimiento... y les he dado la mit
ad. ¿No me están
diciendo a todas horas y en todas las lecciones que
todos somos hijos de
Dios, y que Dios da a los ricos para que den a los
pobres? Pues ya está
hecho... aunque no me compres más.

El general cogió a su nieto, alzándolo hasta sí, le
dio no un beso sino
un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cua
rto juntamente
enternecido y pesaroso.

--¿Qué tiene usted?--le preguntó su hijo al verle e
ntrar en el despacho
con los ojos llorosos.

--Tengo... tengo que tú me has salido liberal y, a pesar de los pesares... tu chico me ha salido socialista.

DICHAS HUMANAS

A la parte de Oriente, por cima de las arboledas de l Retiro, comienza a despuntar el día, desvaneciéndose y borrándose el l ucero del alba en una faja de luz pálida y blanquecina, que se dilata y e xtiende poco a poco en el espacio.

Los faroles están apagados, los serenos se han ido, las buñoleras no han llegado, las tahonas están cerradas, las tabernas n o se han abierto, y un norte glacial barre las aceras, arremolinando en los cruces de las calles las hojas secas, el polvo y los papeles. Se oyen de cuando en cuando los pasos rápidos de alguien que ha trasnoch ado por necesidad o por vicio; suenan a lo lejos las campanas de maitin es en la torrecilla de un convento, y tras las vallas de un solar conve rtido en corral, lanza un gallo su canto bravío y vigoroso, como si estuviera en el campo.

De entre las sombras que van desvaneciéndose surgen las líneas y la mole de una casa magnífica, casi un palacio, con jardín a la iglesia, ancho portalón y verja de remates dorados. Dos balcones d el piso principal

están interiormente iluminados por un resplandor medio amarillento,
medio rojizo, formado por las llamas de la chimenea y la luz de una gran
lámpara con enorme pantalla de seda color de oro. Desde la calle no se
ven más que los huecos bañados en claridad misteriosa, los cristales de
una sola pieza y los visillos de muselina, en cuyos centros campean
cifras artísticas de letras entrelazadas.

La habitación es suntuosa. Hay en ella muebles soberbios, telas
rarísimas, cuadros con firmas de maestros, retratos admirables, plantas
exóticas criadas en la atmósfera tibia del invernadero, jarrones,
japoneses decorados con cigüeñas de plata que vuelan en paisajes
fantásticos, alfombras en que los pies se hunden y arañas de vidrios
multicolores, donde centellean en temblor irisado los reflejos, de la
chimenea. La riqueza y el buen gusto parecen haber reunido allí todos
los primores del lujo moderno.

Sentado junto a un veladorcito, donde aún se ven el servicio de té, todo
de plata, dos barajas francesas y un sortijero lleno de horquillas y
pulseras, hay un hombre joven, de arrogante figura, que está haciendo
números con un lápiz en una cuartilla de papel.

* * * *

* * * *

Por la esquina que forman dos calles, desemboca un mocetón descalzo,

cubierto de harapos asquerosos. Lleva a la espalda un saco, y en la mano un palo, que tiene en la punta un largo clavo retorcido, con el cual, de cuando en cuando revuelve los montoncillos de basura que hay formados ante las puertas junto a los bordes de la acera. Otras veces se pone de rodillas, escarba con las manos y va metiendo en el talego restos, desperdicios y sobras de mil cosas distintas. Al creciente claror del día su figura comienza a dibujarse. Es joven, robusto, ágil, pero repugnante por lo sucio y lo feo. Tiene las prendas con que se cubre, destrozadas y llenas de remiendos, la gorra reluciente de mugre, las manos guarnecidas por escamas de roña, los ojos legañados y el bigote quemado de apurar colillas; todo él es seboso y hediondo. Sus compañeros le llaman Pachín el _Guarro_.

Al llegar frente a la casa lujosa, se sienta en la acera y poco a poco va sacando algo de lo que ha recogido aquella noche, para separar lo que haya de vender de lo que quiera guardar.

De pronto se oyen a lo lejos pasos de alguien que viene corriendo, arrastrando en chancleta los zapatos, y por la esquina inmediata aparece una chica de veinte años, feísima. Es cabezorra, llana de cogote y algo bizca; tiene el pecho voluminoso y caído, como pasiega harta de criar, el rostro rojizo, el cuello negruzco, y el trozo de carne, que pudiera ser nariz, desformado y torcido, como si guardase recuerdo de un

tremendo puñetazo. Lleva puesta falda de percal que fue azul, por entre cuyos jirones, jamás cosidos, deja ver un refajo amarillo en sus buenos tiempos, toquilla de estambre rosa convertida en pañuelo de talle, y a la cabeza otro pañuelo de seda verde, bajo el cual desbordan en mechones compactos y casposos los rizos negros, vírgenes del peine. En la mano derecha lleva también un saco y en la izquierda una cesta que tiene en vez de asa un trozo de sogá retorcida: allí trae un a jícara sin asa, un borlón de darse polvos de arroz, un ojo de vidrio caído de un animalucho disecado, una rueda de butaca y la tapa de una caja de dulces adornada con un ramito de azahar artificial.

Aquella mujer es la _Mona_. Pachín el _Guarro_ casi parece junto a ella un señorito.

Al verla acercarse, dice él:

--¿Qué traes, paloma?

--_Na_: lana sucia, una jícara, tres latas chicas y dos peras pochás.

--Guárdalas _pa_ madre. ¿Y papel?

--Como un par de kilos.

--¿Y tabaco?

--Eso sí, toma.

Y la _Mona_ sacó de la cesta el fondo de una escupidera de cristal rota, con lo menos diez colillas de puro..

--¡Son habanas; éstas se lavan y _pa_ mí: _u_ sin l
avarlas!--dijo
sonriendo Pachín.

--Entonces _pa_ tí, pa_ mezclar. ¿Y tú, que has _pes
cao_?

--Mira.

El _Guarro_ vació entonces todo el contenido del ta
lego, y sobre las
losas de la acera quedaron desparramados cien objet
os imposibles de
definir. Allí había de todo, reducido a nada; pieza
s de hierro con
empleo desconocido, botones sin asa, escarpías sin
punta, hebillas sin
pincho, una regadera abollada, media petaca, un mue
lle de reloj, puchos
recortes de trapo, dos carretes sin hilo y una zapa
tilla grande, vieja,
de raso azul bordada de oro y con tacón Luis xv.

--¿Y la otra?--preguntó ella.

--No ha _pareció_; pero ¡mira!

El _Guarro_ sacó de la chaqueta con aire de triunfo
, media cucharilla de
plata.

--¿Qué valdrá eso?

--Seis _u_ siete _ríales_.

--Pues al café.

Recogieron el fruto de su trabajo, dividiéronse en
los sacos el peso, y
atravesando barrios enteros, después de matar el gu
sano en una taberna,

fueron a salir por rondas y afueras más allá del Cristo de las Injurias.

El término de su viaje fue una esplanada de estercoleros, rodeada de desmontes, donde se alzaban varias barracas hechas de tablas, puertas de restos de derribos, mostradores viejos, esteras, persianas, grandes trozos de hule, muestras de tiendas y toldos de carro, todo ello recubierto, guarnecido y como blindado con latas de petróleo deshechas y claveteadas, que la lluvia y el óxido habían jaspeado de manchas rojizas, semejantes a una erupción de sangre seca.

Entre las barracas corría un arroyo de aguas sucias que se desbordaban al chocar con un perro muerto e hinchado, y en distintos sitios se veían grandes montones de trapo, ferretería de desecho, rejillas desbaratadas, llantas de carros, pilas de ventanas sin vidrios y huesos de animales.

La más asquerosa de aquellas viviendas era la del _Guarro_ y la _Mona_.

Para entrar tuvieron que agacharse. En lo interior había muchas estampitas de cajas de fósforos pegadas con pan machucado a un biombo que hacía de pared, un hornillo de barro puesto sobre una banqueta de piano que conservaba restos de damasco amarillo, y un cofre sin tapa lleno de suelas de calzado que despedía un hedor insufrible.

Había también un descomunal montón de recortes de paño, alfombras

viejas, orillos de lana y pieles de conejos. Aquella era la cama de matrimonio y en ella se tumbó el _Guarro_, echando las piernas a lo alto como quien se regodea con el descanso bien ganado.

La _Mona_ se le quedó mirando embelesada, llenos los ojos de pasión como una bestia enamorada.

Cuánto más le miraba, entre brutalmente apasionada y sinceramente pudorosa, más fea se ponía; pero a él debióle parecer hermosa y codiciable como a Salomón la Reina de Saba, porque con voz melosa le dijo:

--¡Paloma!

La _Mona_ quiso tenderse a sus pies sobre el montón de trapos para velarle el sueño destripando colillas y haciéndole pitillos, pero él volvió a llamarla como un animal a su hembra.

--¡Paloma mía!

* * * *

* * * *

En la chimenea de la casa lujosa sólo quedaban cenizas; la llama de la lámpara palideció ofuscada por la luz del día, que comenzó a jugar con las cosas, arrancando reflejos al oro de los marcos, a los cristales de los espejos, a los nácares de los mueblecillos magueados y a los flecos de seda.

El caballero joven que había pasado la noche haciendo números, sumas y restas, dejó caer la cabeza sobre el pecho, agobiado de cansancio y de pena. Luego, levantándose, fue hacia la cama donde dormía la mujer hermosa. Ella, al oírle acercarse, despertó tendiéndole los brazos. Su admirable cuerpo se modeló como una estatua viva bajo la colcha de seda, mientras él conservando en la mano el lápiz y el papel, dijo con profunda amargura, sin sentirse atraído por el cariño y la belleza:

--Estamos perdidos: ¡hay que quitar el coche!

EL MILAGRO

Damián y su mujer Casilda, él de cuarenta y cinco, y ella de algunos menos, tenían en el barrio fama de ricos, y sobre todo de roñosos. No se les podía tildar de avaros, pues en vivir bien, a su modo, gastaban con largueza; pero la palabra prójimo era para ellos letra muerta.

Delataban su holgura la bien rellena cesta que su criada Severiana les traía de la compra, la costosa ropa que vestían, y algún viaje de veraneo que, aun hecho en tren botijo, era mirado por los vecinos como rasgo de insolente lujo. Además, con cualquier pretexto, disponían comidas extraordinarias o se iban un día entero de campo con coche que

les llevara a los Viveros o El Pardo, y esperase hasta la puesta del sol, trayéndoles bien repletos de voluminosas tortillas, perdices estofadas, arroz con muchas cosas, magras de jamón y vino en abundancia.

De estos despilfarros solo protestaba la vecindad con cierta disculpable envidia: lo malo era que marido y mujer no comían ni se iban de campo solos, como recién casados o amantes de poco tiempo, sino que siempre les acompañaban dos hermanos, Luis y Genoveva, de los cuales el primero cortejaba a Casilda, mientras la segunda bromeaba con Damián: si el tal cortejo era platónico y las tales bromas inocentes, ellos lo sabrían; pero un conocido que les vio merendando más allá de la Bombilla, decía que aquéllo era un escándalo, que cuando les sorprendió, Luis tenía a Casilda cogida por la cintura, y que Genoveva retozaba con Damián.

En cambio, había en la casa donde vivían, gentes, peor enteradas o menos maliciosas, para quienes nada pecaminoso manchaba a aquellas amistades, las cuales explicaban diciendo que Luis y Genoveva eran dueños de una cerería; que Casilda y Damián eran exageradamente devotos, tanto, que gastaban mucho dinero en alumbrar los altares, y finalmente, que de esta suerte, unos a fuerza de vender y otros de comprar cirios y velas, llegaron a ser amigos íntimos. Replicaban los maldicientes que el gasto no pasaba de ser un medio indirecto de favorecer a los dos hermanos, y

que no en cera insípida, sino en miel dulcísima, estaban fundadas aquellas relaciones.

Lo que nadie podía negar era la piedad, el fervor, la devoción de Casilda y Damián. Antes faltaba en la iglesia el campanero que ellos a oír una de las primeras misas, cuándo no la del alba; confesaban y comulgaban todas las semanas; de cuando en cuando hacían ofrendas en metálico para mayor boato del culto; vestían a los santos, y hasta solían llevarse a su casa ropa de altar y sacristía, devolviéndola limpia, planchada y rizada primorosamente. Pero fuera de luces para la iglesia y obsequios a sus amigos, que no les hablaban de sacar dinero del bolsisillo, como no fuese en provecho y regalo propio; jamás prestaron un duro, ni dieron un perro chico; no conoían el favor, sino por pedirlo, ni la limosna, sino por saber que otros la hacían.

Quien hubiera podido retratarles de cuerpo entero era Severiana, la criada, infeliz mujer obligada a servirles y aguantarles por la más triste de las causas.

¡Y pobre de ella como Damián y Casilda llegaran a enterarse! De fijo la despedirían sin compasión ni remordimiento.

¡Buenos eran, tratándose de ciertos pecados!

En la casa donde antes estuvo Severiana fue seducida por el amo, que la despidió brutalmente huyendo luego de Madrid, en cu

anto supo las
consecuencias de su pasajero capricho. La pobre muc
hacha tuvo una niña,
y en vez de llevarla a la Inclusa, como algunas con
ocidas le
aconsejaron, se la confió a una parienta que la cui
dase, ofreciendo en
cambio matarse a trabajar para pagar las mesadas. D
esde entonces, como
lo que Severiana más temía era quedarse desacomodad
a, no había
impertinencia que no sufriese ni fatiga que no sopo
rtara. Era una criada
modelo, sumisa, respetuosa, incansable y callada. L
o hacía todo; primero
los menesteres vulgares de la casa, teniendo las va
sijas de la espetera
como si fueran de oro, y los muebles como si fuesen
nuevos; luego ayudar
a Casilda en la costura; lavar y planchar lo que tr
aía cada semana de
la iglesia; y por último, para captarse sus simpatí
as y las de su
marido, se encargó del _niño_.

Así, familiarmente, ni más ni menos que si fuese pa
riente suyo, llamaban
marido y mujer a un niño Jesús que tenían en el gab
inete, colocado sobre
una antigua mesa de hierros y patas torneadas, con
un monumental florero
de trapo a cada lado, y una lamparilla delante. Era
de tamaño natural,
huérfano en absoluto de valor artístico, pero les p
arecía notabilísimo,
y sobre todo, _muy propio_: el marido aseguraba que
era talla de Alonso
Cano; la mujer se lo atribuía a Juan Sebastián El C
ano, y ambos creían
recordar que un inglés pretendió comprárselo a peso
de oro a la tía de
quien lo heredaron.

Representaba cuatro o cinco años, estaba en pie, sin más traje que una camisilla muy almidonada, tenía tras la cabeza un sol de metal blanco, la mano derecha extendida con el índice y el dedo de corazón muy tiesos, como bendiciendo a las gentes, y en la izquierda sostenía un globo azul salpicado de estrellas: el pelo rubio, muy ensortijado, los ojos intensamente azules, sin vida ni expresión, se mejaban enormes cuentas de vidrio, las pestañas recias y mal puestas, como cerdas, la boca una mancha abermellonada, y las carnes tan sonrosadas, tirando a rojizas, que parecían de muñeco para estudio anatómico; toda la figura, en fin, exenta de la divina gracia y dulce poesía que ue debiera tener.

Severiana, que recordaba haber visto en su lugarejo uno por el estilo, le cuidaba y atendía cual si fuera de carne y hueso : su espíritu inculto, pero delicado, establecía una relación misteriosa entre aquel Jesús y su niña. Eran poco más o menos de igual altura: él, a pesar de las malas pinturas, y ella, a pesar del descuido y desaliño que la afeaban, sonreían con dulzura inefable: el Hijo de Dios calumniado por un artista ramplón y la criatura abandonada por un padre infame, despertaban en el entendimiento de la pobre criada sensaciones análogas y dulcísimas: cuando abrazaba a la niña se le venía Jesús ante los ojos, y al rezar a los pies de la escultura su imaginación volaba hacia el

fruto de sus entrañas, creyendo ver purificada por
mediación de la
sagrada imagen la falta cometida.

La verdadera creyente, la devota sincera de aquella
casa era Severiana:
sus amos pagaban el aceite, pero ella encendía la l
amparilla, cuidando
de que ardiera constantemente, levantándose a veces
durante la noche
para orar de rodillas, mientras cerrando los ojos c
reía ver el miserable
cuartucho donde dormía su hija.

* * * *

* * * *

* * * *

Al acercarse Nochebuena, Casilda y Damián dispusier
on en obsequio de
Luis y Genoveva, una cena opípara.

Sopa de almendra, besugo, pavo, ensalada de lombard
a cocida, infinidad
de golosinas, para el centro de la mesa un castille
te de guirlache, y
para que fuese todo bien regado, Valdepeñas y Champ
aña de a doce reales
botella. La cocina parecía un puesto de la Plaza Ma
yor y el comedor una
tienda de ultramarinos. ¡Cómo se iban a poner el cu
erpo! ¡Y qué tristeza
tan honda sentía la pobre Severiana! Haría la cena,
la serviría,
fregaría... y luego tendría que acostarse sin dar u
n beso a su hija.

Poco después de anochecer comenzó a cavilar... las
cosas se le caían de
las manos... no estaba su voluntad en lo que hacía.

.. De pronto se
dibujó en sus labios una sonrisa y los ojos le brillaron entre alegre y maliciosamente.... Los amos habían ido al teatro con sus convidados, para hacer tiempo... Aún tardarían bastante. Además, luego se irían a la misa del Gallo, y al volver se acostarían enseguida ...

Cogió un mantón y el picaporte, echó escaleras abajo, se metió en un tranvía y antes de una hora volvió trayendo en brazos a la niña dormidita y con una pelota entre las manos: la acostó en su cama y la durmió con un cantar. No quería más que tenerla a su lado las últimas horas de la noche, darle algo del postre que sobraba y dormir con ella.

¡Aquélla sí que sería Nochebuena! La pobrecita no lloraba nunca y era difícil que la descubriese. Además, no habían de ir a registrarle el cuarto. Ya sabía ella lo que pasaba cuando disponían semejantes francachelas: primero, cuarteto de comentarios sobre si tal o cual hermano tenía o no manos puercas en la administración de la cofradía; y luego, cuando iba decayendo la charla, formación y aislamiento de dúos: Casilda y el cerero se quedaban en el gabinete, discutiendo la elocuencia de un predicador, mientras Damián y la cerera se iban al cuarto de la plancha. Lo peor sería que rompiese a llorar la niña... Pero en último caso... ¿qué podía suceder? ¿Qué se supiera todo? Pues no le faltarían casas...

Cuando sus amos volvieron, la oyeron cantar desde la escalera:

_¿Quién sería la madre
que parió a Judas?
¡Qué hijos tan indinos
paren algunas!_

* * * *

Estuvieron un rato bromeando en el gabinete, mientras se hacían los últimos preparativos, y luego pasaron al comedor, que era la pieza inmediata, sin más separación que una puerta.

Casilda cenó junto a Luis, y Damián al lado de Genoveva.

El buen humor, empujado por el vino, comenzaba a hacer de las suyas: las dos mujeres, menos acostumbradas a la bebida, decían mil atrevidos disparates; Damián y Luis hablaban como en el café, contando cuentos verdes; por último, Casilda, algo alegrilla y deseosa de desplegar lujo, encendió todas las bujías de dos candelabros que adornaban la chimenea. Celebrose la ocurrencia con grandes risas, Damián quiso apagar una vela de un taponazo de Champaña, falló el tiro, y armose descomunal gritería; eran cuatro personas y alborotaban como doce.

Severiana casi no les oía, porque la cocina estaba lejos; pero la pequeñuela, a quien despertaron los gritos y la novedad del no acostumbrado lecho, se tiró de la cama, atravesó a gatas un pasillo,

entró en el gabinete donde estaba el Niño Jesús, dé
bilmente alumbrado
por la lamparilla, contempló un instante como si
fuese un muñeco, y
luego, atraída por la claridad a que dejaban paso l
as rendijas y
junturas, empujó suavemente la puerta del comedor,
y destacando sobre el
fondo oscuro del gabinete, apareció iluminada por e
l intenso resplandor
de las luces que alumbraban la cena.

Era rubia, de ojos azules, ensortijado el pelo; est
aba en camisita y
traía en la mano la pelota.

Luis, Genoveva y Damián, cayeron de bruces sobre la
mesa... Casilda,
loca de espanto, se tiró al suelo de rodillas, cubr
iéndose el rostro con
las manos y gritando:

--¡Perdón, Señor!

La niña retrocedió asustada, tiró al huir la lampar
illa derramando el
aceite, y se metió en la cama muertecita de miedo.

A la mañana, casi de madrugada, Severiana salió de
casa con su hija sin
que nadie la viese; y era muy entrado el día, cuand
o Casilda mostrando
a Damián la mancha que el aceite dejó en la alfombr
a, le decía nerviosa
de terror:

--¡Mira... no cabe duda!

* * * *

Apenas se les pasó el miedo, regalaron la escultura
a unos amigos que

tenían oratorio; hubo función con órgano, gastose mucha cera y quedaron tranquilos.

ELVIRA-NICOLASA

Acabábamos de cenar Elvira y yo en un gabinetito de una fonda donde le gustaba que la llevase a tomar mariscos y vino blanco. Disputando por celos, en el calor de las recriminaciones, dejé escapar una frase ofensiva: debí de decirle algo muy duro, sin duda una verdad muy grande, porque entonces, avivada su locuacidad con la injuria y suelta su lengua con el estímulo de la bebida, se recostó en el diván con provocativa indolencia y, poniéndose muy seria, repuso:

--Sí, ¿eh? ¿Tan mala crees que soy? Pues aquí donde me ves, tan coqueta, tan amiga de haceros rabiar, porque todos sois iguales, y no merece más ni menos uno que otro, tan orgullosa de haber arruinado a unos y puesto en ridículo a otros, yo, aunque no lo creas, tengo en mi vida un rasgo bueno, y tendría muchos si no hubiese sido en mi niñez tan desgraciada.

Me creí amenazado de la eterna historia de una seducción vulgar; pero, prefiriendo oírla a verla emborracharse, me dispuse a escuchar, y ella siguió de este modo:

--Voy a contártelo. En primer lugar, yo no me llamo

Elvira: mi verdadero nombre es Nicolasa. Soy de un pueblo de cerca de Madrid. A los dieciocho años me escapé de mi casa, imaginando que peor de lo que allí estaba no había de pasarlo en ninguna parte, segura de que, por mala suerte que tuviese, con nada sufriría tanto como aguantando las impertinencias de mi hermanastra, a quien servía de niñera, siendo víctima de la grosería de mi padrastro y del mal genio de mi madre. Mientras ésta permaneció viuda de mi padre, su primer marido, llevé con paciencia su desigualdad de carácter y las consecuencias de su codicia; pero, a partir de la segunda boda, la vida se me hizo insoportable, porque además de hija sin cariño, a lo cual ya estaba acostumbrada, comencé a ser criada sin salario, lo cual me parecía el colmo de la maldad. El tío _Pelusa_, así llamaban a mi padrastro, era tan irascible y avariento como la que le había tomado por esposo.

Sin embargo, aún pasé algunos años resignada siendo medio bestia de carga, medio puerca-cenicienta, hasta que al llegar Inesilla, mi hermanastra, a la edad de las travesuras desplegó tanta perversidad para conmigo, que comencé a pensar en el porvenir que me esperaba.

Yo me levantaba en la casa antes que nadie, me recogía la última, interrumpía el mejor sueño para dar de beber a las caballerías, pasaba todo el día jabonando ropas, midiendo semillas y trasladando fardos; en

fin, me rendía a fuerza de trabajar, y todo sin una
queja. Para lo que
me faltó resignación fue para soportar las burlas d
e mal género, los
impulsos de soberbia, y hasta los rasgos de perfidi
a que aquella mocosa
discurría sólo con propósito de mortificarme. ¡Que
mala era! Sus
picardías no eran trastadas de chica, sino verdader
as crueldades: el pan
qué yo guardaba por si tenía hambre entre horas, me
lo quitaba y se lo
echaba a los cerdos; a hurtadillas, cargaba el puch
ero de sal para que
luego me regañasen; lo menos que hacía era decirme
palabras feas, todo
el repertorio que oía a los carreteros, y escupirme
a la cara, sin que
los _Pelusos_, ni la mujer ni el marido, pusieran c
orrectivo a sus
infamias.

Por fin, me harté. Un día me mandaron a la fuente c
on la chica, que ya
tenía nueve años. La condenada fingió ir de buena g
ana, y a mitad de
camino, escabullándose en los portales de la plaza,
se metió a jugar en
el corral de unas amiguitas. Allí se estuvo tres ho
ras largas, mientras
me volvía loca buscándola. Excuso decirte lo que pa
saría luego cuando,
al caer la tarde, volvimos a casa cada una por su l
ado. Creí que me
mataban. Mi padraastro me ató a un pié derecho de lo
s que sostenían el
emparrado del patio, y estuvo hasta que se cansó dá
ndome de varazos.
Cuando me soltó me fui al camaranchón que me servía
de cuarto, no quise
cenar, y me tumbé en la cama sin desnudarme. De rep
ente oigo ruido, miro

hacia arriba, y veo a Inesilla, asomada por el montante de la puerta, mirándome burlonamente, riéndose y restregándose los puños en ademán de hacerme rabiar.

--¿Por qué has hecho eso?--le pregunté.

Y con la cara muy alegre repuso:

--Porque me da mucho gusto cuando te pegan.

Desde aquel instante no pensé más que en marcharme de la casa.

Al referir esto, Elvira tenía los ojos nublados por lágrimas de ira. Yo no me atreví a interrumpir su relato, y ella siguió:

--Si, chico, de aquella noche datan todas las barbaridades que he hecho en mi vida... y las que me quedan. Hice un lío con la poca ropa que tenía; saqué hasta treinta reales, que eran todos mis ahorros, del escondrijo donde los ocultaba, antes del amanecer tomé a campo traviesa el camino de Madrid, y aquí entré por la carretera de Extremadura y la calle de Segovia. Han pasado siete años, y me acuerdo como si hubiese sido esta mañana.

--¿Y dónde fuiste?

--A casa de mi tío Manuel. Es decir, no era tío ni casi pariente. Era sobrino segundo de mi padrastro, y yo le miraba con cierta simpatía porque las pocas veces que fue al pueblo me demostró cierta inclinación.

Un día evitó que me diesen una paliza; otro día, comiendo, porque mi padrastro no me quería dar carne, él me dio la que le habían servido; y, además, otra vez que estuvo allí pocas horas, sin que lo supieran en mi casa, fue a la fuente y me regaló dos pañuelos de colores y un alfiletero de alambre plateado.

--Vamos, que le gustabas.

--Ahora lo verás.

--Vivía en la calle de los Mancebos, en un caserón antiguo, y sólo con una criada vieja: allá me fui, le conté lo que había pasado y le rogué que me ayudase a buscar casa donde servir, a lo cual repuso que haría lo que pudiese, y que pues no tenía yo dineros para ir a la posada, me quedara allí unos días hasta encontrar colocación.

--¿De qué edad era ese hombre? ¿Cuántos años tenías tú entonces?

--Manuel, cuarenta; y yo, antes te lo he dicho, dieciocho cumplidos.

--Pues no me digas más.

--No te has equivocado. A los dos días de estar allí, comprendí que me había metido en la boca del lobo. Pero ¿quieres decirme qué defensa tenía? ¿Qué hacer ni dónde ir? Yo, como chica de pueblo... y las de todas partes, sabía cuanto hay que saber: desde los primeros momentos conocí el peligro: lo que no veía era el modo de evitarlo.

--¿Y qué pasó?

--Figúrate. Ya sabes que soy aficionada a leer, que devoro novelas, que he leído hasta _Don Quijote de la Mancha_: mira, allí hay una a quien le sucedió lo que a mí. ¿Te acuerdas cuando, hablando de sus amores con don Fernando, dice Dorotea, poco más o menos: «con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido?» ¿Te acuerdas de esto? Pues igualito: Manolo con un pretexto, alejó de casa a la vieja...

--Sí; el fue traidor y fementido, y tú dejaste de ser lo otro.

--Claro está que aquello fue una picardía, pero luego se encariñó mucho conmigo. Yo entonces no era tan perra como ahora. Tengo la seguridad de que si aquel hombre no se muere, se casa conmigo.

--¿Se murió?

--A los dos años.

Elvira suspendió un instante su relato, hizo un esfuerzo para no llorar, como avergonzada de mostrar ternura, y continuó:

--Suprimo detalles: morir Manuel y echarme sus hermanos de la casa, todo fue uno. Entonces comenzó esta vida arrastrada que llevo, y eso que soy de las que tienen más suerte.

Ponerme a oficio, y presentármeme la ocasión de dejarlo, fue obra de

seis meses. Por supuesto, que para encontrar trabajo pasé las de Caín; y en cuanto quise echarme a rodar, sobró gente que me empujara. De esto ya estás enterado, y además conoces a casi todos los que han tenido algo que ver conmigo.

Lo que no sabes tú, ni nadie, es que a los tres o cuatro años de perderme, cuando ya tenía casa puesta, muebles míos, trajes lujosos, alhajas buenas, coche algunos meses y dos criadas que me sirvieran, (todavía lo que más me sorprende es verme servida), precisamente entonces, teniendo todo esto, con lo cual no soñé jamás, chico, aunque te parezca mentira...

--Acaba, mujer.

--Pues me entró una tristeza espantosa. ¿Y qué dirás que se me metió en la cabeza?

--¿Casarte?

--No, hombre: para eso tengo aún poco dinero. Se me metió en la cabeza la idea de volver al pueblo.

--¿Arrepentida?

--Mira, no lo sé: unas veces creía que no; otras me parecía que sí. En realidad lo que yo experimentaba es difícilísimo de explicar. Era una melancolía sin nombre, un deseo impregnado de tristeza...

--Sería que se te pegase el sentimentalismo cursi d

e alguna novela... Si
ahora mismo estás hadando como una dama de folletín
.

--No te burles de aquéllo: puede que sea el mejor i
mpulso que he sentido
en mi vida; y déjame acabar. Como si se me hubiese
olvidado todo lo que
había sufrido hasta los dieciocho años, como si en
mi casa me hubieran
mimado, prescindiendo de tanto recuerdo amargo y de
algunas cicatrices
que tengo repartidas por el cuerpo, quise volver al
pueblo, ver los
lugares donde había crecido, los rincones donde me
escondía para llorar,
la cueva donde me encerraban, el camaranchón que ll
amaban mi cuarto, la
cuadra, las mulas, la fuente, todo aquello, en una
palabra, que debía
serme odioso: en fin, comprendo que era una chiflad
ura ridícula, pero
hasta quise ver a mi madre, y a mi padrastro, y a l
a bribona de la niña.
¿Qué pasó por mí? como dicen en las comedias, no lo
sé: pero cuando
pensaba en ello decía mentalmente _mi familia_. El
mal genio de madre me
parecía disculpable por los trabajos y penalidades
que ocasiona una casa
de labor, la brutalidad de mi padrastro se hizo men
os aborrecible a mis
ojos recordando que no era mi verdadero padre, y en
cuanto a las
crueldades de mi hermanastra... como si no hubiesen
existido. Es decir,
las recordaba, pero sin guardarle rencor. Repito qu
e nunca me he dado
cuenta exacta de aquella situación de espíritu: fue
algo parecido a esa
tristeza que les da a los gallegos cuando pasan muc
ho tiempo fuera de su

tierra; pero mezclada, aunque yo no deba decirlo, con cierta bondad de alma que me impulsaba a disculpar y perdonar todo el mal recibido. En fin, que me planté en el pueblo.

--¿Pero no sabían allí cómo vives y de qué vives? ¿No pensaste que podían avergonzarte y...?

--Claro que lo sabían todo: ¡si rara vez viene alguno del pueblo que no se presente en mi casa a pedirme algo! Donde me ves, he hecho a mi lugar más favores que un diputado; casi me dan ganas de llamarle mi distrito. En cuanto a que me recibiesen mal, no había miedo. Yendo a mendigar, tal vez; con las manos llenas de paquetes, chucherías y regalos... ¡quía!

--¿Y tuvieron la poca?...

--Fui sencillamente vestida, con un traje de lanilla gris sin adornos; pero como soy tan aturdida, se me olvidó quitarme de las orejas estos solitarios; llevé un saquillo de mano con guarniciones de plata, paraguas con puño de oro; en fin, no había más que verme para comprender que no les iba a pedir nada. En la estación del ferrocarril no me conoció nadie: al atravesar la plaza, oí tres o cuatro voces que dijeron con asombro: «¡Nicolasa! ¡Nicolasa!» y luego observé que a larga distancia me fueron siguiendo dos muchachas de mi tiempo, una con un chico en brazos... y, mira, aquélla me dio envidia.

--Si te daría.

--Llegué a mi casa. Imagina la sorpresa. Pasado el primer instante de estupor, mi madre me cubrió de besos, mi padrastro lloró de ternura, Inesilla me cogió el saco de mano y comenzó a darle vueltas.

--¡Ave María Purísima!

--La chica era guapa, una real moza, fresca, garbosa, con cada ojazo, y ¡un pelo más hermoso! Lo que se llama una gran mujer. La fisonomía dura, el gesto serio, la sonrisa desdeñosa; pero en conjunto un prodigio de lozanía y de... en fin, lo que es una flor antes de que nadie la manosee.

--¿Y qué pasó?

--Pues nada, que saqué los regalos: dos cortes de vestido para ellas, dos piezas de lienzo blanco para mi madre, unos pendientes de coral para la chica, una petaca y una cadena de plata para él, todo lo que llevaba... Me dieron el mejor cuarto de la casa, no me preguntaron palabra de cómo ni de qué vivía y me trataron lo mejor que pudieron.

--¿Y fue gente del pueblo a verte? ¿Y qué les decían?

--¡Ya lo creo! Mi padrastro les dijo que estaba de aya de una señorita en casa de un título. Total, que pasé allí tres días magníficos,

completamente feliz, sin tener que aguantar a los que aquí no me dejáis en paz, con una alcoba ¡para mí sola!, y al volverme les di a los papas seis mil reales para un par de mulas.

--Pues, chica, hasta ahora no veo el rasgo hermoso de que hablabas.

--Eso fue en el momento mismo de separarme de ellos. No quise que me acompañasen a la estación. Estábamos en el zaguán: mí padrastro mirando por centésima vez la petaca de plata, mi madre llorando, Inesilla atándome un manojo de flores campestres, yo con los ojos preñados de lágrimas, cuando de pronto mi padrastro me cogió por la mano y, guiándome hasta el fondo del comedor, cerró tras sí la puerta, dejando entrar a madre; Inesilla se quedó fuera. Pensé para mis adentros que querían otro par de mulas.

--¿Y qué era?

--¡Lo increíble! No ignorando, como no ignoraba ninguno de ellos, cuál es mi vida, mi padrastro, en presencia de mi madre, con su aprobación y moviendo la cabeza hacia donde estaba Inesilla, me dijo: «Anda, Nicolasa, ya que tú has hecho suerte, ¿por qué no te llevas a la chica?»

--¡Qué atrocidad!

--¡Figúrate! ¡Yo que había ido al pueblo a tomar un baño de honradez! Mira, hubo un momento en que dudé. Aquella falta de sentido moral, aquel

rebajamiento, me trajeron de un solo golpe a la memoria toda la amargura de mi niñez, todos mis sufrimientos. No creas que es exageración: se me renovaron de repente el dolor y la vergüenza de todos los golpes que había recibido en aquella casa; me acordé del último día que pasé allí; creí verme tumbada en el jergón, mientras Inesilla se gozaba en mi daño; su voz cruel y burlona pareció resonar en mis oídos, y claro está, con los recuerdos volvió el rencor y con el rencor el deseo de venganza. ¡Y qué venganza la que se me venía a las manos! Traerme a Madrid la chica... ¡Figúrate!

--¿Y qué hiciste?

--Sin duda me inspiró Dios. Les miré de un modo que no debieron de comprender, y saliendo al zaguán les dije: «Quiero creer que no saben ustedes lo que piden.» En seguida, limpia de odio, besé a Inesilla y me volví a Madrid sin rencor... y sin ilusiones.

--¡Lo creo!

--Eso hizo esta Elvira que tienes delante, eso me pasó, y, sin embargo, te lo juro por la salud de mi alma, seré una imbécil, pero algunos días, cuando tengo más dinero, cuando creo que estoy más alegre, de repente se me olvida que estoy haciendo de Elvira... y me pongo Nicolasa.

SACRAMENTO

Justa y Engracia eran hijas de una familia honrada, linajuda y rica, ambas casadas; Justa con un propietario que vivía de sus cuantiosas rentas, sin más trabajo que cuidar de aumentarlas, y de quien no tuvo hijos; Engracia con un bolsista de intachable reputación, pero tan confiado en su estrella que aventuraba en jugadas peligrosas más de lo que permite la prudencia. De este matrimonio nacieron dos niñas: María de la Soledad y María del Sacramento.

A poco de cumplir veintidós años la primera y uno más la segunda, su padre quedó alcanzado en una liquidación de fin de mes, y no pudiendo cumplir los compromisos contraídos, se suicidó de un pistoletazo. Engracia murió de pena algunos meses después; y Justa, mediante la cariñosa conformidad de Luis, su marido, se hizo cargo de las dos sobrinas huérfanas; doblemente impulsada, primero por cierta natural bondad, no incompatible con su dureza de carácter, y luego por el firme convencimiento de que las dos muchachas no podían decorosamente vivir solas.

Para Justa y Luis el decoro era la mitad de la vida: estaban persuadidos de que el error y el pecado son inherentes a la naturaleza humana, y de que la disculpa y el perdón forman la gloria principal con que el bueno se aventaja al malo; pero con el escándalo no trans

igían nunca. La
opinión del prójimo, si no valía, importaba a sus o
jos tanto como la
misma virtud: temían más al comentario y la maledic
encia que a la falta,
siendo partidarios acérrimos del refrán que dice: «
Pecado ignorado medio
perdonado». Con tales ideas no habían de permitir q
ue sus sobrinas
viviesen solas.

Soledad y Sacramento no parecían hermanas. Eran sus
cualidades morales
tan diferentes y sus tipos tan opuestos, que quien
ignorase la honradez
de su madre pudiera suponerlas engendradas por dos
amores distintos.

Soledad era alta, gallarda, de tez trigueña, con pe
lo y ojos negros,
boca de labios gruesecillos, tan rojos que parecían
una flor de sangre;
el seno levantado y firme, el talle esbelto, el and
ar airoso, las
actitudes y posturas animadas por un encanto singul
ar que se desprendía
de su figura como un efluvio turbador y escitante:
y en rara
contradicción con este aspecto provocativo, era frí
a, indolente,
predispuesta a la mansedumbre y la bondad, capaz ha
sta de ternura, pero
refractaria al apasionamiento y la vehemencia, como
si tuviese
adormilados los sentidos y en su alma tranquila sol
o pudieran hallar eco
los sentimientos dulces y apacibles.

Sacramento no era hermosa, sino bonita: pequeña, de
lgada, extremadamente
blanca, los ojos de un azul muy claro, los labios f
inísimos, tan pobres

de color que parecían exangües: los brazos débiles, el talle largo, el pecho apenas pronunciado, todo el cuerpo menudo y gracil, como de adolescente que no ha llegado a su completo desarrollo. De lo que podía envanecerse era del pelo, tan rubio, fino y abundante, tanto y tan largo, que sentada para peinarse le llegaba al suelo, envolviéndola en un manto de oro. Era una mujercita delicada, de complexión casi enfermiza, sin rasgos enérgicos de belleza con que atraer y dominar: su rostro carecía de expresión y su cuerpo de gentileza: sus posturas eran lánguidas, como si todo su organismo estuviera sometido a la impasibilidad de un temperamento ingénitamente casto, reflejo de un alma privada de inspirar pasiones e incapaz de sentirlas.

Mas en abierta oposición con tales apariencias la ferialdad era mentira y la languidez artificio. Cuando pretendía agradar, cuando ponía empeño en seducir, aquellos ojos claros, parados, se animaban súbitamente, trocándose de inocentes en maliciosos, y aquellos labios blancuecinos que ligeramente se mordiscaba con un movimiento imperceptible, tomaban color de cereza soleada: entonces sonreía de un modo delicioso; la falsa indiferencia, el abandono fingido, se convertían en laxitud estudiada que parecía pedir mimos o prometer caricias, y la mujercita insignificante, el ser débil, quedaban transformados en sirena de ocultos y peligrosos encantos.

Por capricho extraño de la suerte la morena era sos
a y la rubia picante:
Soledad como noche serena y fresca que adormece: Sa
cramento como tarde
calurosa y pesada que hostiga con visiones abrasado
ras los sentidos: una
hermana dócil, humilde, apocada, propensa a cuanto
fuese delicadeza y
ternura; otra dominadora, altiva, exigente, pronta
a todo arranque
voluntarioso y enérgico: Soledad de aquellas para q
uienes amar es
conceder, prendarse y ser vencidas: Sacramento de l
as que, regateando
sensibilidad, prefieren ser conquistadoras a elegid
as.

Justa y Luis imaginaron que las casarían pronto: a
una, por su belleza y
su bondad; a otra, por su travesura e ingenio, y a
las dos, porque no
teniendo ellos hijos, con el tiempo serían ricas.

Soledad, a pesar de verse tan solicitada, se mostró
desdeñosa y esquiva;
porque pedía mentalmente a sus adoradores algo ínti
mo y hondo que no
sabían darle: les exigía menos culto y más fe.

Sacramento encontró marido a los pocos meses de ces
ar el aislamiento y
retiro impuesto por el luto de sus padres.

En las recepciones de una embajada, conoció al baró
n de D'Avenda,
diplomático extranjero que le doblaba la edad, homb
re de corto
entendimiento, cuerpo gastado y carácter débil, cir
cunstancias que ella
imaginó compensadas con su título, su riqueza, y so
bre todo, por lo

fácil que le pareció dominarle. Tal vez no llegase a calcular perversamente, desde los primeros momentos, que la excesiva bondad del noble extranjero pudiera ser en lo futuro amplia bandera que cubriese la torpe mercancia de sus culpas; pero apenas comenzó a verse galanteada por él, comprendió que la pasión que le inspiró, tanto más avasalladora cuanto más tardía, se lo entregaba esclavizado.

Para lograr que la distinguiera y prefiriese, le bastaron unos cuantos diálogos, y enseguida, dueña de sí misma, en frío, sin experimentar la emoción más leve, aseguró su conquista desplegando alternativamente candidez, picardía, recogimiento y desenfado. Para atraerle se hizo discreta; para retenerle, dulce; para seducirle, coquetería; para enloquecerle, sensual; le alentó con esperanzas, le exasperó con desdenes, le irritó con coqueterías, le animó con favores, y luego, de repente, sin transición; le puso a raya, resistiendo o arrepentida y esquiva lo que acababa de conocer enamorada y vehemente. Sabía prometerse con los ojos al mismo tiempo que se negaba con los labios, y en una sola conversación fingía desfallecer cien veces como apasionada que cede, y rescatarse otras tantas como virtud arisca, que hostigada se exalta, pasando traidoramente de la turbación al impudor, y de la licencia al recato, cual si su pensamiento y hasta su cuerpo le inspirasen confundidos los desbordamientos de amor mal contenido que lo

autorizan todo y las respuestas de fría honestidad
que no consienten
nada. Su táctica fue un prodigio de esa liviandad m
ansa que desconcierta
la razón y espolea los sentidos: labor de afiligran
ada perfidia, al
término de la cual, sin que mediara un beso ni se o
primieran una mano,
quedaron el decoro de la mujer vendido y la dignida
d del hombre
escarnecida. Por fin cuando le tuvo medio alocado,
medio entontecido,
fingió rendirse y consintió en ser su esposa.

Sacramento se casó primorosamente vestida de blanco
, adornado el traje
de azahar, en actitud humilde, el pecho anheloso, l
as miradas entre
pudorosas e inquietas, la tez descolorida cual si p
alideciese ante la
inevitable proximidad de las caricias... y allá en
el fondo del alma la
imaginación alegre y licenciosa como ramera triunfa
nte.

Hubo fiesta, convite, amigos, parientes, enhorabuen
as, besos y abrazos,
hasta lágrimas, y al caer la tarde, la recién casad
a se mudó de vestido
para emprender el inexcusable viaje de novios. Poca
s horas después,
Luis, Justa y Soledad agitaban los pañuelos en el a
ndén de la estación,
mientras la pareja feliz les saludaba con los suyos
asomada a la
ventanilla del _sleeping_, lecho con ruedas, tálamo
ambulante, símbolo
acaso sobrado casto para quien tal idea tenía del a
mor.

* * * *

La sensación de vanidad satisfecha que experimentar
on los tíos con
aquella boda, quedó pronto amargada por el disgusto
que les dio Soledad.
Un día supieron que tenía novio. La insensible, la
desdeñosa, la fría,
como ellos la llamaban, estaba vencida. El autor de
l milagro, porque de
tal, a su juicio, podía calificarse, era un hombre
de más de treinta
años, arrogante figura, finísimo, muy listo y en ex
tremo simpático,
para quien ignorase que tan halagüeñas y brillantes
apariencias,
escondían una inteligencia dañina casi por instinto
y un corazón que se
asimilaba el mal, como cuerpo poroso que absorbe la
humedad. Había en él
algo de personaje melodramático artificialmente co
ncebido, cual si al
crearle hubiera querido la Naturaleza condensar en
un tipo la
perversidad que de ordinario derrama en muchos indi
viduos. Era de los
hombres que pierden irremediablemente a la infeliz
en quien se fijan,
cuando no lo evita esa virtud inquebrantable y mist
eriosa, que halla su
voluptuosidad en la resistencia. Para defenderse de
él, no bastaba la
frialidad ingénita contra la seducción por los senti
dos, pues aún fingía
más astutamente la ternura cariñosa con que se conq
uista el alma, que la
exaltación apasionada con que se vence a la materia
. Su táctica estaba
sometida a dos principios, que lejos de limitar su
campo de acción, lo
ensanchaban: nunca procuraba enamorar a mujeres de
gran inteligencia, y
siempre ocultaba sus triunfos con absoluta discreci
ón. Así eran tantas

sus victorias: primero, por fáciles; luego, por ignoradas.

Doña Justa y su esposo averiguaron enseguida que el enamorado de Soledad era _de buena familia y que estaba bien_, es decir, lo referente a su origen y fortuna; pero de sus ideas, sus gustos, sentimientos y costumbres, de lo que más puede influir en el porvenir de una mujer, nada inquirieron, ni pararon mientes en ello.

Apenas Enrique comenzó a tratar a Soledad comprendió que su entendimiento estaba muy por bajo de su belleza, y que existía profunda semejanza entre los caracteres de su hermosura y sus condiciones morales. Era confiada, inocentona, sencilla, tan exenta de picardía que las frases y bromas más atrevidas se estrellaban contra la falta de malicia. Lo llamativo, lo picante de sus encantos era independiente de su voluntad: aquel cuerpo de líneas tentadoras tenía actitudes pudorosas para no revelar la forma por los movimientos; aquella boca húmeda y roja, como flor de granado recién mojada por la lluvia, hablaba castamente; y aquellos ojos de miradas abrasadoras y mimosas, grandes pecadores sin saberlo, contrastaban con la serenidad y limpieza de su pensamiento: Soledad era, en fin, una de esas mujeres a quienes hay que buscar, porque no saben atraer, y que resisten mal porque desconfían poco.

Viéndose requerida de amores los aceptó cual si tem

iera ser cruel no
siendo agradecida, y luego las palabras dulces, las
promesas cariñosas,
fueron invadiéndole apaciblemente el espíritu, como
algo inesperado,
pero natural y espontáneo, que llegada su hora le f
loreecía: en el alma,
y comenzó a recrearse en ello y gozarlo, saboreándo
lo a modo de un bien
supremo, legítimo y honesto, sin irritarlo con estí
mulos de la impureza,
ni envilecerlo con perversiones de la imaginación.

Enrique, por el contrario, no tuvo idea sincera ni
dio paso sin
premeditación. Al principio se mostró vacilante y t
ímido, como quien
desea lo que no merece; luego desplegó gran vehemen
cia, dando a entender
que los primeros favores le ponían fuera de tino; y
, finalmente, ya
seguro de que Soledad le quería, procuró que la pri
vación de verle y
hablarle con la frecuencia acostumbrada, encendiese
la llama que había
de perderla. Buscó un pretesto para enfadarse con l
os tíos, dejó de
visitarles, limitándose a mirarla en paseos y teatr
os, y por último
comenzó a entenderse con ella por escrito, en carta
s donde interpolaba
la tristeza del alejamiento con los arranques de pa
sión mal contenida.

Soledad, excitada por la comunicación de aquel vene
no deleitoso, se
enseñó a contestarle en papeles imprudentes a los c
uales fiaba anhelos
antes ignorados, leyendo mil veces embelesada lo qu
e de palabra era
incapaz de tolerar, y dejando otras tantas correr l
a pluma para hacerle

confesiones y promesas que, teniéndole junto a sí, hubiera la vergüenza sofocado en sus labios. Fue casta mientras pudo hablarle; atrevida al dejar de verle; sus primeros besos por escrito, y a solas los primeros sonrojos. Enrique tardó poco en adquirir la certidumbre de que aquella mujer era de las que no desconfían cuando aman.

Entonces, poniendo con dádivas de su parte a una doncella, consiguió que mientras dormían los tíos, Soledad le recibiese por las mañanas en unas habitaciones de la planta baja, de las cuales no se hacía uso en invierno. Luego el misterio aumentó el encanto, la ocasión fue tercera, y una vez más la pasión y el engaño llamaron a la vida un nuevo ser, víctima expiatoria del desvarío ajeno.

Cuando las lágrimas de la burlada comenzaron a agriarle la victoria, Enrique faltó a dos o tres citas. Soledad mandó en su busca a la doncella y ésta volvió diciendo que se había marchado, vendiendo en veinticuatro horas cuanto tenía y sin decir a nadie dónde iba.

La infeliz vio la traición tan clara como imaginó haber visto la felicidad, sufriendo al par la vergüenza de la falta y la humillación del abandono.

Doña Justa y don Luis, a quienes le fue forzoso confiarse, anduvieron relativamente parcos en recriminaciones, pero crueles e inexorables en punto a la energía necesaria, para ocultar las cons

ecuencias de la
seducción.

Con pretexto de renovar el arriendo de unas fincas, partieron, acompañados de Soledad, fijaron su residencia en un cortijo que poseían en tierra de Andalucía y allí permanecieron el tiempo preciso: luego, gracias a la influencia y poder que su riqueza les daba en la comarca, hicieron que el recién nacido pasase por hijo de un matrimonio de su servidumbre, gente pobre que vio con ello asegurada la fortuna, y restablecida Soledad, tornaron a la corte los tres, quedando el motivo del viaje ignorado, y el decoro a salvo.

En vano rogó la infeliz que la dejaran allí, sin más recursos que los estrictamente necesarios para vivir con el niño, en las condiciones que se le impusieran, sometiéndose a cuanto mandaran: todo fue inútil. Para la falta halló indulgencia, casi perdón, pero a trueque de separarse por siempre de su hijo, sacrificando el sentimiento de la maternidad a las exigencias del honor.

Regresaron del campo, y todo Madrid volvió a contemplar a Soledad en fiestas y diversiones, ostentando al parecer gozosa, la plenitud de su belleza. No había otra tan elegante, tan gentil y gallarda. Lo que nadie sabía era que iba por fuerza, contra su voluntad, por falta de valor para rebelarse contra aquella exhibición brutal y dolorosa; lo que nadie podía sospechar era su vergüenza íntima, su mortifi-

cación al fingir
pudores e ignorancias, cuyas mentiras la envilecían
a sus propios ojos,
abrasándole con un fuego sucio la conciencia. No gu
ardaron proporción la
falta y el modo de expiarla: fue víctima dos veces
sacrificada al
egoísmo ajeno: una para satisfacer la ilusión del a
mor; otra para
contribuir a la comedia del decoro: llegando en med
io del dolor a tal
punto su pureza de pensamiento, que jamás acarició
la idea de engañar a
un hombre para encubrir su desventura.

* * * *

El viaje de Sacramento y su marido duró más de un a
ño: al volver
estaban ya desavenidos. En un principio el barón, c
omo caballero que
repugna publicar su desacierto, transigió con las q
ue llamaba
genialidades y ligerezas: luego trató de ocultarlas
, y cuando ni esto
pudo, fingió ignorarlas. Por no separarse de su muj
er, a cambio de las
migajas de su amor, sufría aparentando desconocer s
u vilipendio, se
burlaba de otros maridos infortunados, pretendiendo
garantizar con la
osadía la falta de vergüenza; hizo papel de engañad
o, y así,
insensiblemente, fue pasando de la debilidad a la c
ostumbre y de la
costumbre al envilecimiento, hasta ser un ejemplar
extraordinario, un
caso de ceguera moral inverosímil y absurdo. Porque
Sacramento no cayó
al adulterio arrastrada por la pasión tardía y avas
alladora que acaso
puede perdonar cierta soberana grandeza de alma: fu

e el tipo complejo de
la medio malvada, medio enferma, a quien no se mata
por infame
sospechando que pueda ser irresponsable.

Al fin, vencido, y lo que es más triste, resignado,
prescindió de ella.
Siguieron viviendo bajo el mismo techo, pero en hab
itaciones
independientes, separados de común acuerdo, él, sin
consuelo a su
amargura, ella sin freno a sus desórdenes: y cuando
ya este apartamiento
era público, cuando ni amigos ni parientes, ni cono
cidos lo ignoraban,
Sacramento tuvo un hijo, que, según las leyes, fue
bautizado como
heredero del nombre cuya deshonra confirmaba.

No se alteraron por ello la paz ni las costumbres d
e la familia. El
barón tardó poco en hacerse a la idea de que era pa
dre, Sacramento
continuó en sus aventuras, Soledad sujeta a la infl
exible voluntad de
los tíos, y éstos habituados por igual a las livian
dades de la sobrina
casada y a la humilde docilidad de la soltera.

En el corazón de Soledad se alzaban, sin embargo, d
e cuando en cuando,
protestas contra aquella privación del hijo que le
parecía la amputación
de parte de su alma.

Una tarde de invierno, las dos hermanas paseaban a
pie por las alamedas
solitarias de la Moncloa. Sus pasos resonaban sobre
la arena endurecida
por las heladas, el viento arrancaba de las ramas l
as últimas hojas
secas que revoloteaban como avecillas de oro, la at

mósfera de una
limpieza incomparable dejaba ver en la lejanía las
masas violáceas de la
sierra y hacia Poniente unas ráfagas de nubes rojas
y anaranjadas
parecían incendiar el arbolado de los cerros.

Sacramento iba sonriente, locuaz, deleitándose en r
espirar, como
excitada por la viveza del aire: Soledad callada, d
istraída, viendo las
cosas sin mirarlas, oyendo, hablar a su hermana sin
fijar la atención.
A corta distancia les seguía un carruaje y a pocos
pasos les precedían
un niño y un lacayo: el primero lujosamente vestido
, y el segundo
ocupado en ir cortando los tallos y la hojarasca de
una vara para que el
chiquitín jugase.

De pronto, Sacramento, preguntó a su hermana:

--Pero mujer, ¿qué tienes? ¡Parece que vas tonta!

Entonces Soledad, obedeciendo a un impulso involunt
ario, alteradas de
súbito las facciones por la ira, cogió del brazo a
Sacramento, y
señalándole con la otra mano al niño que iba delant
e, dijo ásperamente:

--¿No es inícuo que tú puedas salir a la calle con
esa criatura y yo ni
aun pueda decir que tengo hijo?

--Yo--contestó la adúltera con la mayor naturalidad
--soy casada.--Y
haciendo por broma con su nombre un juego impío de
palabras,
añadió:--Ya ves... me llamo Sacramento.

Soledad, con un mohín despreciativo, repuso:

--Tienes razón. Lo mismo podrías llamarte Salvoconducto.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

Lunes, 9 de Mayo de 1892, tomó don Cándido posesión de su curato en Santa Cruz de Lugarejo, ocupándose inmediatamente en arreglar la casa con los pobres y viejos muebles que trajo en una carreta del pueblecillo donde vivió hasta entonces, siendo amparo de necesitados y ejemplo de virtuosos. Durante más de cuarenta y ocho horas, nadie se dio cuenta de que allí había cura nuevo.

Algunos días después, las pocas personas que le vieron y hablaron esparcieron la voz de que parecía buena persona. Y no se equivocaban los que tan presto formaron de él juicio favorable, porque don Cándido era un bendito. Por su estatura, rostro y porte traía a la memoria el retrato que hizo Cervantes de su Hidalgo inmortal. También don Cándido _frisaba con los cincuenta años y era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador_, y si no amigo de la caza, como don Quijote, incansable en el ejercicio de buscar tristezas para aliviarlas.

Sus condiciones morales todas buenas: la piedad sin

cera, el trato
afable, el lenguaje humilde, la caridad modesta, y
en todo tan compasivo
y tolerante, que, con ser grande el respeto que impo-
nía, aún era mayor
la cariñosa confianza que inspiraba. Su ilustración
no debía de ser
extraordinaria. En un cofrecillo muy chico cabían l-
os libros que poseía,
siendo el de encuadernación más resentida por el co-
ntinuo uso y el de
hojas más manoseadas, los Santos Evangelios. Ni los
Padres de la Iglesia
ni los excelsos místicos le deleitaban tanto como a
quellos sencillos
versículos que ofrecen, a quien sabe leerlos, mundo
s de pensamientos
encerrados en frases sobrias.

Todos los días, en seguida de comer, don Cándido, a
poyado en el alféizar
de la ventana de su cuarto, releía y meditaba un pa-
r de capítulos de San
Marcos o San Mateo. Luego dejaba el libro, y tomand-
o el sol y fumando
cigarrillos pasaba el rato entretenido en observar
cómo trabajaban unos
cuantos picapedreros que, en un solar contiguo y va-
llado, tenían
establecido al aire libre su taller.

Habíase derrumbado meses atrás un arco de la capilla
de la iglesia;
cierta señora piadosa legó fondos para reconstruirl-
o, un arquitecto de
la ciudad vecina iba de cuando en cuando a inspecci-
onar la obra, y en
aquel espacio inmediato a las habitaciones de don C-
ándido estaban,
resaltando por su blancura sobre la verde y felpuda
hierba, los bloques
de caliza que poco a poco iban convirtiéndose en cl

aves, dovelas,
salmeres y trozos de archivolta.

Allí, desde la mañana hasta la tarde, exceptuada una hora al medio día, se escuchaba continuamente el ruido múltiple y monótono formado por los mazos y las martillinas al chocar con las piezas de cantería: el sol lo iluminaba todo, lanzando acá y allá las sombras rectangulares e intensas de los tinglados de estera bajo que se resguardaban los peones, y a ratos de entre aquel rudo concierto que forman el hierro hiriendo, la piedra partiéndose y el eco resonando, se alzaba el canto bravío y triste de una copla medio ahogada por el zumbido del trabajo como un suspiro entre las penas de la vida.

Durante los cuatro últimos días de la primera semana que pasó don Cándido en Santa Cruz de Lugarejo no dejó de asomarse para contemplar a los canteros, y si alguien le observase de cerca, acaso por la emoción reflejada en su rostro, pudiera sospechar que aquella tarea dura y penosa despertaba en el alma del cura una emoción dulce y compasiva.

El domingo, primero que allí pasaba el sacerdote, salió muy temprano de casa, dijo misa, dio un paseo largo, comió más tarde que de costumbre, y poco antes de concluir, cuando al levantar el mantel le trajo el ama los fósforos y el bote de picadura, oyó que comenzaba a resonar al principio aislado y débil, luego nutrido y fuerte, el ruido que producían los

canteros picando y labrando piedra en el solar vecino.

«¡Hasta en domingo!»--murmuró triste y sorprendido don Cándido: y
asomándose a la ventana gritó al trabajador más próximo:

--¡Eh! ¡Buen amigo! Diga Vd. al maestro, capataz o lo que sea, que haga
el favor de subir aquí un instante.

Momentos después estaba el maestro cantero en el comedor del cura.

Obsequiole éste con queso nuevo y vino añejo, dióle un pitillo del
grosor de un dedo y en seguida violentándose, forzando su propio
natural, le reprendió con la poca y tímida aspereza que su bondad,
permitía, diciéndole:

--¡Qué falta de religión... y qué vergüenza! ¡Trabajar en domingo!

El obrero, disgustado por la reprimenda, pero cohibido por el agasajo,
repuso humildemente:

--¿Y qué le vamos a hacer, señor cura? Trabajamos obrando al entregar
las piezas terminadas, ganando tiempo... el jornal es corto, el pan
caro... y cuando menos se piensa nace un chico. Aquí el grandullón
rubio--añadió acercándose a la ventana y extendiendo la mano--tiene
cinco; el de al lado, tres; el cojo de enfrente mantiene a sus padres...
y así todos. Créame Vd., señor cura, en tripa vacía y hogar sin lumbre
no hay fiestas de guardar.

Quedose perplejo don Cándido, y haciendo al fin un esfuerzo por parecer enojado, contestó:

--A pesar de eso. ¡En domingo no se trabaja! ¿Y cuántos sois?

--Doce.

--¿Cuánto gana cada uno? En junto: ¿cuánto importan los jornales de hoy?

El cantero sacó la cuenta por los dedos, y repuso:

--Ciento quince reales.

Don Cándido se dirigió a su alcoba, abrió un vargueño, sacó de un cajón un bolsillo de seda verde con anillas de acero, tomó de su contenido aquella suma, y se la entregó al maestro con estas palabras:

--Toma: que rece cada uno un _Padre-Nuestro_, y marchaos a descansar.
¡No profanéis el día del Señor!

A los cinco minutos el taller estaba desierto.

* * * *

Al domingo siguiente, cuando don Cándido subió a de sayunarse, luego de decir misa, oyó asombrado el rumor que al trabajar producían los picapedreros, y frunciendo el entrecejo, murmuró:--
«¿Hoy también?»

La escena que siguió fue igual a la ocurrida ocho días antes. Llamó al maestro, le reprendió más duramente, fue a la alcoba

a, y dio el dinero
para que el taller se despejara. Los trabajadores se
marcharon alegres,
algunos a sus casas, los más a la taberna; el bolsi-
llo verde quedó
vacío, y el cura asomado a la ventana pasó un rato
contemplando aquellas
piedras; que según las miraba debían de tener para
él oculto y
misterioso encanto.

Durante la semana siguiente, el trabajo cundió tant-
o que casi quedó
limpio el solar. El nuevo arco de la iglesia estaba
a punto de
terminarse.

Sin embargo, al tercer domingo aún comenzó más temp-
rano el golpeteo
seco y metálico de la herramienta sobre la piedra;
pero el ruido era
mucho más débil: sin duda trabajaba poca gente.

Corrió don Cándido a la ventana y vio que solo habí-
a un hombre ocupado
en labrar y afinar una pieza en forma de dovela, co-
n tanta prisa y tal
afán, que ni tomaba instante de reposo ni levantaba
siquiera la cabeza.

Entonces bajó y acercándose al obrero le preguntó d-
e mal modo:

--¿Has quedado tú para simiente de judíos? ¿Por qué
trabajas?

--Señor--respondió el cantero--ayer quedó concluido
todo: mañana lunes,
de madrugada, se hace la entrega: sólo falta esta d-
ovela por culpa mía,
porque... he estado entre semana dos días enfermo.
Y hoy tengo que

acabarla, antes de la puesta del sol... para cobrar
, porque ayer no
quisieron pagarme... ni me pagan hasta que acabe.

Dicho lo cual, bajó la cabeza, inclinó el cuerpo y
siguió picando.

--¿Y si no concluyes hoy?

--El trastorno es lo menos: lo malo es que no cobro
, y en casa hace
falta.

Quedose don Cándido pensativo. Las cuentas que echó
y los cálculos que
hizo sólo él podría decirlos: debió de recordar que
el bolso verde
estaba vacío; acaso se dijo que la verdadera limosna
es la que no con
dinero, sino con el propio esfuerzo se hace... Tal
vez vinieron, a su
pensamiento memorias a él solo reservadas... Ello fue
que mirando
compasivamente al cantero le dijo en voz baja, como
confiándole un
secreto:

--Mi padre y mis hermanos fueron canteros... Cuando
chico, yo también
aprendí, el oficio. ¡Yo te ayudaré!

Y recogiendo las mangas cogió un puntero, empuñó
un mazo y empezó a
picar la piedra.

LA HOJA DE PARRA

Las dos de la tarde acababan de dar en el gabinete,

amueblado con el
lujo aparatoso e insolente propio de una cortesana
vulgar enriquecida de
pronto, cuando Magdalena envuelta en ligeras ropas
de levantar y aún
tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó
los leños de la
chimenea, y aproximando al fuego el mueblecillo que
le servía de
tocador, extendió sobre él un lienzo guarnecido de
puntillas, encima del
cual fue colocando cepillos, peines, tatarretes, fr
ascos, polvoreras y
cuanto había menester para peinarse. En seguida inc
linó el espejo hacía
sí, se sentó, y sin llamar a la doncella comenzó a
soltarse el largo y
abundoso pelo, antes castaño muy oscuro y ahora teñ
ido de rojo caoba
como el de las venecianas a quienes retrató Ticiano
.

Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aq
uella importante
operación del peinado: primero por horror instintiv
o a que otra mujer le
manosease la cabeza, y además porque deseaba estar
sola cuando su
amante, según costumbre, iba siempre a la misma hor
a para deleitarse
contemplándola bien arrellenado en un sillón, mient
ras sus manos
primorosas se hundían y surgían de entre las matas
de la cabellera,
formando altos y bajos, bucles, ondas y rizos hasta
dejar prieto y
sujeto el moño con horquillas doradas, mientras los
pelillos revoltosos
de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en
torno de su cuello
como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería, y por dar tiempo a que su dueño y señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose a veces para distraerse en otras cosas; pues lo esencial era que al aparecer su amante aún tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisongeras, dándole a ella pretexto para estar con el escote entreabierto y los brazos desnudos, puestos en alto, haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo y apartando medias y puntillas que le habían mandado de una tienda, púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le hacían bonito pie, antes de pagarlos, y por último se probó un cubrecorsé y una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndose, más que en los primores de las galas, en su gallarda figura, de madrileña esbelta y en su gentil cabeza de mujer dominadora y altiva.

Era rubia y muy blanca, verdaderamente hermosa y bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar a la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos oscuros, de mirar expresivo, y los gestos y ademanes tan enérgicos y desenvueltos que a un tiempo delataban la vivacidad de su carácter y el empeño de mostrar una gracia más provocativa y libre de lo que su propia índole consentía.

Aún no demostraban su lenguaje y modales completa perversión, más ya

sabía desplegar a modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo y la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo, y con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos y lo extremaba, siendo tan complaciente y mimosa al concederse como dura y despótica para dominar a su amante, que la quería poco y la estimaba menos, pero hallaba en día dulcísimo empleo a sus sentidos porque era hermosa y completa satisfacción a su vanidad, porque le costaba mucho.

Ya iba impacientándose por la tardanza de su señor--que acaso no pasase de arrendatario--cuando al oír sonar prolongadamente un timbre, se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después, una doncella levantaba la cortina de la puerta dejando paso y diciendo:

--El señorito.

A pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de cincuenta años, lo menos; alto, bien plantado, mostrando en la mirada y el porte que, a despecho de la barba entrecana y el pelo casi blanco, aún debía de apreciar en toda su intensidad, los encantos de aquella buena moza. Vestía con exquisita elegancia, y por su edad y aspecto, tenía representación de persona importante: juzgándole por las trazas no era disparatado imaginar que fuese presidente de algún alto

cuerpo del Estado, banquero poderoso o senador por derecho propio.

Acercose a Magdalena, dióle un beso en el cuello, sin que ella mostrase resistencia ni agrado, y quitándose guantes, gabán y sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador; de modo que pudiese ver a su amante por la espalda y al mismo tiempo contemplar su rostro reflejado en el espejo.

--Besitos--dijo ella frunciendo el entrecejo--besitos... y poca vergüenza. Vamos, a ver ¿por qué no ha venido usted ayer en todo el día? Mira que si yo quisiera... apenas tenía horas libres para...

--Hija no he podido.

--No ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

--Muchas cosas.

--Pues todo me lo has de contar para que te perdone ... hora por hora... minuto por minuto.--Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto yendo a ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

--Anda pichón, dime todo lo que has hecho, y si mientes... te ahogo.

--Pues, mira: ayer me levanté a las doce, almorcé, y a las dos me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles Hispánicos.

--¿Y qué pito tocas tú allí?

--Teníamos junta los consejeros porque los guarda-
gijas piden aumento
de sueldo y se han declarado en huelga. Dicen que g
anan no sé cuanto,
ocho o diez reales, y trabajan dieciséis o veinte h
oras... y que no
duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión: hast
a las tres y media
estuvimos allí.

--¿Y luego?

--Fui a Hacienda a ver al ministro.

--¿Para qué?

--Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pue
s, entre
investigadores y denuncias... nada, que me quieren
cobrar doble
contribución de la que pago... ¡Y no me da la gana!

--Pero, ¿con razón?

--Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que... e
n realidad debía
pagar más... pero ¿quién paga lo justo? Nadie.

--¿Y qué te dijo el ministro?

--Medias palabras. No podía ser explícito; pero com
prendí que todo se
arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quier
o, no saca el
gobierno ni un voto?

--En fin, que te saldrás con la tuya.

--Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

--Y luego ¿dónde fuiste?

--De allí salí a las cuatro y media. Me encontré en la calle a Pignorate y estuvimos un rato largo hablando de negocios.

--¿Qué negocios?

--Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorate es el que da la cara: el dinero es de varios, yo entre, ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio o no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero a señoritos... y claro que han de pagar algo. Que algunos son menores... pues que sean: lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorate me dijo que iba a meter a un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.

--Vamos, qué tenéis una sociedad para prestar a menores y luego... _lo arreglan_ sus familias.

--Así, tan crudo... no; pero el que quiera dinero para vicios que lo pague...

--¿Y después?

--Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el gobierno, por pura disciplina, una gran picardía. Sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar a uno.

--¿Jugaste?

--Poco: hasta las siete.

--¿Y qué tal?

--Medianamente; gané mil pesetas.

--Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente y sacando del tarjetero diez billetes de a veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena diciendo:

--Para alfileres: y ya puedes agradecerlo... Mis chicas tenían no sé qué capricho... cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes y continuó:

--¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando... Se perdió el palco y me acosté de un humor.

--Fui a casa, a comer, con propósito de venir temprano. ¡Qué si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo habitual, no tuviésemos más convidado que mi suegra.

--¡Lagarto, lagarto!

--Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron a vestir para ir al teatro y me quedé solo con mi mujer.

--¿Y qué pasó?

--Lo de siempre cuando nos vemos a solas. La gran j

aqueca. Es buena,
cariñosa, dulce; la estimo y la respeto y considero
..., pero no nos
entendemos.

--¡Ya conseguirá que me dejes!

--¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y es
tuve muy enérgico.

--No te atreverías.

--¿Qué no? Pues mira: le dije «no me apures la paci
encia porque nos
separamos. Tú eres libre... hasta cierto punto: yo
soy dueño de mis
acciones, y en paz, o damos el gran escándalo.»

--Te hablaría de mí.

--Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, qu
e en casa se debía la
mar, que ella estaba humillada, despreciada, que la
s chicas se iban a
quedar sin tener qué comer... y ¡lo que más me enfu
rece! se echó a
llorar.

--Para que te ablandases.

--Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chic
as...

--¿Qué sucedió?

--Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niña
s vinieron vestidas,
oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta y se
enteraron de todo.

--Como son mayorcitas se harán cargo.

--Quiá, se abrazaron a su madre... llorando. ¡Figúrate!

--¡Tonto! Haberte venido aquí.

--Ya se me ocurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza que
tuve que acostarme y tomar antipirina.

--¡Potingues! ¿Qué mejor antipirina que yo?

Quiso él entonces abrazarla por quitarle el enojo,
mas ella levantándose
de su lado le dijo muy seria.

--Todo eso está muy bien y el cuadro de familia interesantísimo. Para
evitar que se repita, esta tarde me llevas a comer
a cualquier parte.

--Convenido. Y no mando recado a casa: ya se irán a acostumbrado.

Magdalena sonrió gozosa y volviendo a su interrogatorio y reprimenda,
para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido.

--Y hoy ¿por qué no has venido más temprano?

--He tenido que hacer una visita.

--¿A quién?

--A un amigo mío con quien estoy organizando una sociedad muy útil y
provechosa. Ahora no existe ninguna semejante ni pa recida: queremos que
sea medio sociedad medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos
dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta porque hoy no se

respetar nada ni se cree en nada, el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes comprenderme.

Magdalena sonriendo entre provocativa y burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo un guiño muy expresivo y dijo:

--Hazte socio, monín. Oye ¿y cómo se llama esa hermandad?

--_La hoja de parra_.

--¿Y para qué es?

El caballero se puso muy serio y con voz grave y sonora, repuso:

--_La Hoja de parra_ será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad y de la falta de fe.

=Obras del mismo autor=

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA CARICATURA 2 pts.

LÁZARO (casi novela), segunda edición 3

DE EL TEATRO, (_Lo que debe ser el drama_).--Memoria leída en el Ateneo de Madrid, segunda edición 1

LA HIJASTRA DEL AMOR (novela), tercera edición 4

JUAN VULGAR (novela), tercera edición 3

EL ENEMIGO (novela), tercera edición 4

LA HONRADA (novela), con ilustraciones de José L. P
ellicer y José Cuchy
4

DULCE Y SABROSA (novela) 4 pts.

NOVELITAS 3'50

=Próximas a publicarse=

PERIFOLLOS (novela).

VALDELLANTO (novela).

* * * *

[imagen]

End of Project Gutenberg's Cuentos de mi tiempo, by
Jacinto Octavio Picón

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK CUENTOS DE
MI TIEMPO ***

***** This file should be named 26929-8.txt or 2692
9-8.zip *****

This and all associated files of various formats wi
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/6/9/2/26929/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed
Proofreading Team at DP Europe (<http://dp.rastko.net>)

Updated editions will replace the previous one--the

old editions
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic

work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attac

hed full Project
Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg

License included
with this eBook or online at www.gutenberg.net

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.net), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm elec

tronic works provided
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a

computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with

the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance

with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation
and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4
and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>
.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit
501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the
state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at
<http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the
Project Gutenberg
Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent
permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455
7 Melan Dr. S.
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered
throughout numerous locations. Its business office is located at
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801)
596-1887, email
business@pglaaf.org. Email contact links and up to date contact
information can be found at the Foundation's website and official
page at <http://pglaaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we

have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do

not necessarily
keep eBooks in compliance with any particular paper
edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm,
including how to make donations to the Project Gutenberg Literary
Archive Foundation, how to help produce our new eBooks,
and how to
subscribe to our email newsletter to hear about new
eBooks.